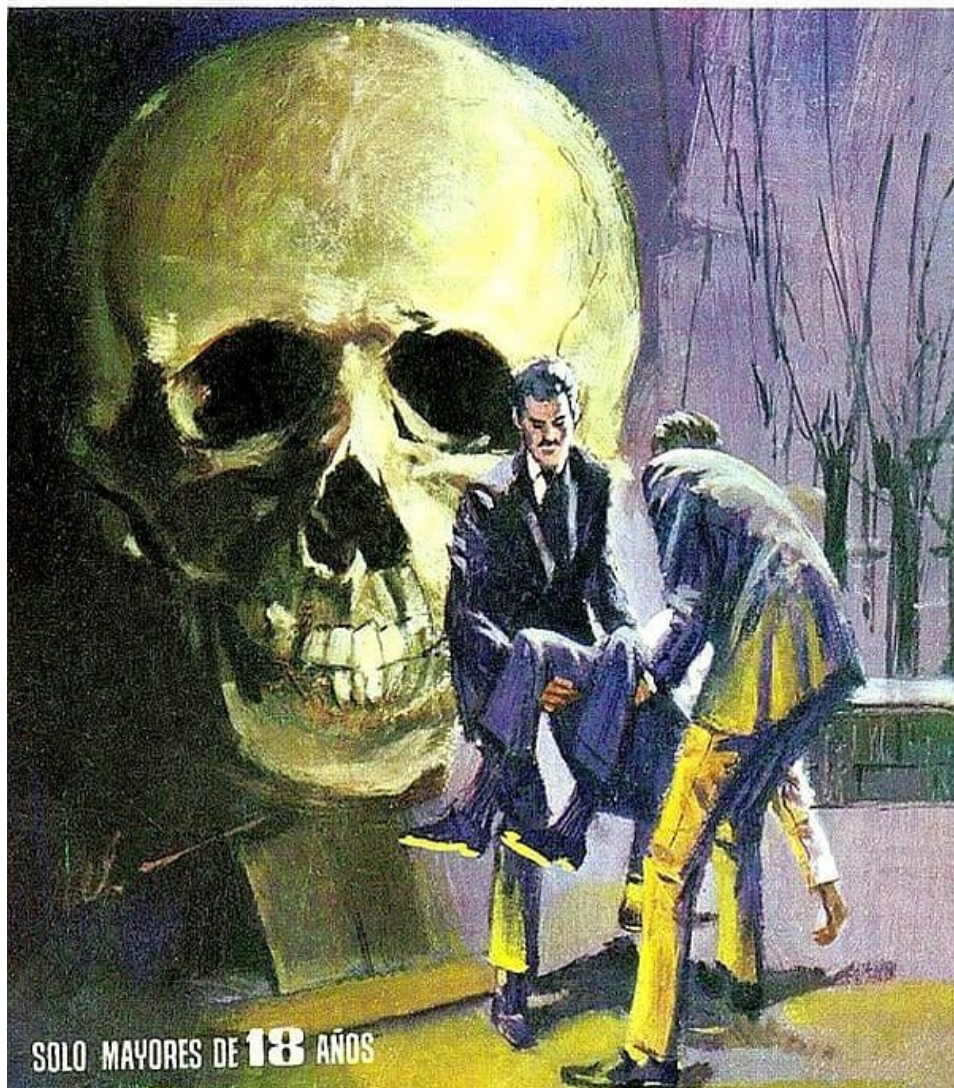


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA CANCION DEL ASESINO

Curtis Garland



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

El hombre estaba nervioso.

Encendió el cigarrillo temblándole la mano. Miró en torno suyo, inquieto, y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Luego tomó el frasco petaca que llevaba en la raída chaqueta y se echó un trago largo, resoplando al terminar. Enroscó el tapón, guardando de nuevo el recipiente, y se contempló en el espejo desigual del lavabo.

Se pasó una mano por el rostro macilento, de barba ligeramente crecida. Luego, contempló sus ropas desaseadas y sonrió forzosamente. Habló consigo mismo, contemplando su imagen en el espejo:



Curtis Garland

La canción del asesino

Bolsilibros - Punto rojo - 1001

ePub r1.0

Lds 23.01.18

Título original: *La canción del asesino*

Curtis Garland, 1981

Cubierta: L. Almazán

Colección PUNTO ROJO n.º 1001. Bruguera – 1981

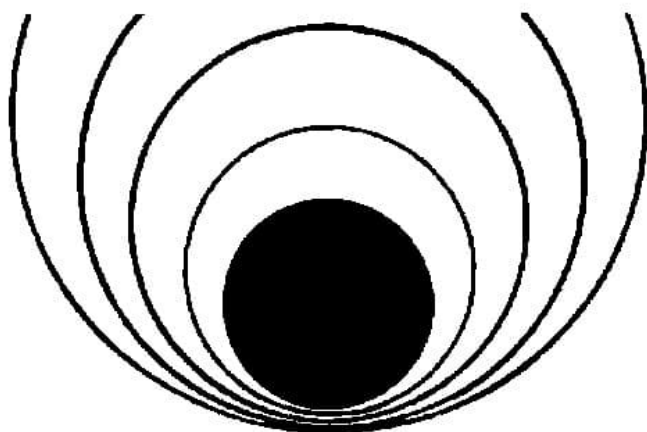
Colección PUNTO ROJO n.º 44. Ediciones B – 1993

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba nervioso.

Encendió el cigarrillo temblándole la mano. Miró en torno suyo, inquieto, y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Luego tomó el frasco petaca que llevaba en la raída chaqueta y se echó un trago largo, resoplando al terminar. Enroscó el tapón, guardando de nuevo el recipiente, y se contempló en el espejo desigual del lavabo.

Se pasó una mano por el rostro macilento, de barba ligeramente crecida. Luego, contempló sus ropas desaseadas y sonrió forzosamente. Habló consigo mismo, contemplando su imagen en el espejo:

—Menos mal que todo esto va a terminar, hermano. Podrás vestir decentemente y hacer una buena comida para celebrarlo, maldita sea. Se acabaron los apuros, las estrecheces. Vas a tener dinero. Podrás alojarte en algún sitio que no sea este infecto hotel con olor a zotal y a matarratas. Sin las paredes desconchadas y la cama crujiendo a cada movimiento. Lejos de una calle como ésta, llena de proxenetas, ramera y homosexuales, con esa maldita luz entrando toda la noche por la ventana.

Y tiró rabiosamente de la persiana de la ventana de guillotina, sin lograr por ello que la luz roja del parpadeante luminoso situado enfrente dejara de entrar en la habitación, con sus molestos guiños invariables. En algún piso, la televisión estaba a volumen excesivo, emitiendo alguna película del Oeste, con sus cabalgadas, los gritos de los indios y el tiroteo. En otro lugar, una radio emitía música ruidosa de discoteca. Y en alguna otra parte, era un programa deportivo el que irritaba sus oídos, con la estridente voz del locutor de turno.

Malhumorado, regresó a la cama, que volvió a crujiir al echarse él encima, soltando dos chorros de humo por sus fosas nasales. Estuvo un tiempo así, profundamente abstraído, sumido sin duda en pensamientos bastante complicados. Cuando aplastó el cigarrillo en un cenicero de vidrio agrietado, contempló el envoltorio en papel manila, atado por un fino cordel, que permanecía sobre la mesilla. Sonrió, como si su sola contemplación pudiera ahuyentar de su mente oscuras y desagradables reflexiones.

Alargó la mano. Tocó el envoltorio casi acariciándolo. Luego, llevado de un impulso, lo tomó, desatando el cordel y abriendo la solapa del paquete. Extrajo dos simples objetos del interior. Los contempló, a la luz parpadeante y molesta, con un brillo de codicia y de cálculo en sus ojos estrechos.

No parecían valer gran cosa por sí solos: eran solamente un viejo disco de 78 revoluciones por minuto, uno de aquellos grandes y molestos discos de pasta dura, sólida y pesada como la piedra, en la que se grababa música cuando el microsurco era aún una utopía.

El otro objeto era una partitura musical vieja, editada en un papel que amarilleaba ya, por una compañía fonográfica que, posiblemente, ya ni existía. Tarareó burlonamente, entre dientes, una musiquilla remota, que muy poca gente en la ciudad hubiera sabido identificar, y que tenía el regusto rancio de otros tiempos, musicalmente hablando.

—Vaya, vaya —murmuró entre dientes, con jovialidad, volviendo a guardar disco y partitura impresa en el sobre de papel manila, y atando de nuevo el cordel—. Mira por dónde, una vieja canción olvidada de todos, puede hacerme rico, muy rico en la actualidad... ¿No soy un hombre afortunado, cuando estoy a punto de hacer fortuna gracias a algo que ya no vale nada y que para muchos ni siquiera existe? Y, sin embargo, alguien daría media vida por tener en su poder esos dos objetos, por poder destruirlos para siempre de alguna manera... y olvidarse de que alguna vez existieron. Pagaré por esto. ¡Vaya si pagará...!

Luego se quedó pensativo, como si una idea poco agradable, en la que no había pensado antes, asaltara su mente de forma súbita. Torció el gesto, frunció sus cejas y se frotó el mentón, donde la barba de tres o cuatro días trazaba sombras oscuras.

—Pero ya mató una vez... —musitó—. ¿Y si tuviera la idea de...

de volver a matar? Una persona que comete un crimen, es capaz de cometer siempre otro, cuando eso signifique su impunidad... No, no. No debo fiarme. Será mejor que llame a alguien, antes de que llegue aquí...

Se volvió a incorporar. Tomó el teléfono. Sonó enseguida la voz gangosa y desconfiada del conserje:

—¿Qué desea?

—Habitación 115 —dijo secamente—. Quiero línea con el exterior.

—Espere. Deme el número adonde desea llamar. Será lo mejor, porque no nos gusta dar línea directa a los huéspedes, señor.

—Maldito hotel, está bien —refunfuñó con disgusto el ocupante de la 115—. Escuche, amigo. Tome buena nota y llame enseguida. Tengo prisa.

—Ya le escucho. Deme el número.

—El número es HO 9 - 2171. Pregunte por Charlie. Es todo. Y diga que le llama Murphy.

—HO 9 - 2171... Charlie... Llama Murphy... —Deletreó el conserje, fatigoso—. Espere un momento.

Oyó marcar el número el ocupante de la 115. Luego, una espera. La señal de llamada al otro extremo. Alguien se puso al desconectar. El conserje habló brevemente:

—Le llama Murphy. ¿Es Charlie? Sí, es urgente, al parecer. Hotel Eastern. Otro «clic». Y, finalmente, una voz familiar al otro extremo del hilo:

—Soy Charlie. ¿Eres tú, Ben?

—Sí, yo mismo —habló con rapidez—. Escucha, Charlie. Es importante lo que debo decirte. Quisiera que lo anotases, por favor.

—Está bien. Lo anoto —dijo la voz de Charlie—. Un momento que busque papel y lápiz, Ben. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. No ocurre nada. Es posible que mañana te llame de nuevo para pedirte que olvides esta llamada y celebremos juntos una fiesta por todo lo alto.

—¿Tan bien te van las cosas? —rió la voz—. Bueno, lo celebro, Ben. Ya está. Puedes dictarme lo que sea...

—Verás: en mi domicilio, ya sabes dónde, tengo algo guardado en el buzón de la puerta del edificio. Ya sabes, el buzón del correo. Metí en él una llavecita con un sobre. Nadie, excepto yo, y ahora tú,

sabe que está allí. Ve a recogerla si no te he llamado mañana a las diez en punto de la mañana, y utilízala para sacar algo de una caja de alquiler en la sala de espera del aeropuerto municipal de Santa Mónica.

—¿Para qué tanta precaución? —rió Charlie—. ¿Guardas allí un tesoro, Ben?

—Poco menos. Es algo que vale una fortuna. Y quizás varias vidas humanas.

—Cielos, me asustas. ¿Qué es ello?

—No preguntes. Si no sabes nada de mí a las diez como máximo, haz lo que te digo. Recoge el paquete que encontrarás en ese buzón. Contiene una fotocopia y una grabación magnetofónica que no entenderías. Te quedas con ello. Verás que también adjunta un número de teléfono determinado. Puedes hacer lo que gustes en ese caso. Desde llamar a la policía y entregarlo, a probar fortuna con ese número de teléfono, diciéndoles lo que tienes, pero procurando antes tomar precauciones por si te pasa algo, como hice yo en mi caso.

—Oye, parece como si tuvieras dinamita en las manos... —se alarmó Charlie.

—Algo así. Si tienes miedo, no trates de hacerte rico con eso, porque a mí me habrá costado ya para entonces el pellejo, ¿está claro? Y ve a la policía, simplemente, si quieres vengar mi final. Es todo. Charlie. Deséame suerte. Si todo va bien, es posible que esta llamada haya sido inútil y estemos mañana bien borrachos, celebrando mi fortuna. Hasta entonces... o hasta nunca.

—Hasta mañana, Ben. Espero y deseo oír tu voz antes de las diez. Estaré esperando. Suerte, amigo.

Colgó. Se quedó pensativo, preguntándose qué sucedería. No pudo saber que abajo, el conserje colgaba también su teléfono en ese momento, con una ladina sonrisa, anotando con rapidez una serie de cosas en la hoja de papel donde anotara el nombre de Charlie, el de su cliente de la habitación 115, y el teléfono del tal Charlie... Justo entonces, un automóvil se detuvo afuera, frente a la puerta del Hotel Eastern.

Alguien avanzó hacia la entrada resueltamente. Momentos después, preguntaba por un hombre llamado John Murphy, y el conserje le enviaba a la habitación 115.

La Muerte acababa de entrar en el hotelucho, aunque el conserje no podía saberlo todavía, si bien la conversación telefónica que escuchara le hacía pensar en una cita peligrosa para su cliente...

Ben Murphy, el ocupante de la habitación 115 en el modesto y nada respetable Hotel Eastern, de aquel barrio extremo de la ciudad de Los Ángeles, con una vecindad de casas de masaje, bares de *striptease*, hoteluchos de citas y prostitutas callejeras, lanzó un grito ronco de horror y desorbitó sus ojos cuando aquellas manos enguantadas estrujaron ante él el viejo disco de material duro, y quebraron éste como si fuese vidrio, estrellándolo contra la superficie de la mesilla de noche.

—¿Pero qué pretende...? —jadeó, aterrado, cuando aquellos dedos cubiertos por cuero negro brillante dejaron caer los trozos agudos del disco, hecho añicos ya, pero reteniendo solamente un fragmento rematado en ángulo agudo, punzante, en la mano firme —. ¿Qué quiere hacer con eso?

El visitante no respondió. Se limitó a inclinarse sobre el confiado Murphy, que saboreaba ya su victoria, con un cheque en sus manos, por valor de cien mil dólares, recién firmado por su interlocutor.

Y brutalmente, con una precisión glacial e inexorable, clavó la aguda e hiriente extremidad del segmento de disco en la garganta de Murphy, justamente sobre su carótida. El herido soltó un alarido ronco, angustiado, que casi ahogó la ruidosa música de la cercana radio y el estruendo de fusilería del televisor a toda potencia emitiendo su wéstern ruidoso.

Sangre a borbotones escapó de la profunda, incisiva herida. Trató de defenderse, de ponerse en pie, sujetándose con una mano la fuente sangrienta y buscando con la otra la botella de agua para estrellarla contra su agresor.

Pero éste no le dejó opción. De nuevo la mano enguantada descendió, sujetando el ensangrentado fragmento del disco. La pasta negra, dura y afilada como una navaja de afeitar, cruzó el rostro de Murphy de lado a lado, hendiéndole mejillas, pómulos y nariz, con un tajo profundo y terrible.

La sangre invadió el rostro del herido y salpicó las ropas del lecho.

Esta vez, su bramido fue ya como el estertor del animal herido de muerte, pero aun así forcejeó, pugnó por aferrar el brazo

agresor, sin demasiado éxito. Fría, despiadada, la mano bajó por tercera vez y le clavó el trozo de disco en el pecho, como quien hincó una aguda hoja de acero. El agredido se dobló, desorbitando más aún sus ojos, emitiendo un gorgoteo sordo, que llenó de sangre sus labios y produjo un vómito rojo momentos después, en tanto la carótida seguía regando todo con su hemorragia brutal, lo mismo que el profundo tajo que cruzaba su faz.

Murphy había llegado al límite de su resistencia. Cayó de bruces al pie de la cama, sobre la alfombra, y chascó el material rígido del viejo disco, quedándose un pequeño fragmento, la extremidad del improvisado puñal, dentro de su herida del pecho. El resto, ensangrentado, cayó de mano del asesino.

Éste, sin embargo, actuó serenamente. Recogió todos los fragmentos de la grabación a setenta y ocho revoluciones y los introdujo en el sobre de papel manila, lo mismo que el cheque recién firmado, tinto ya en sangre de su víctima. Pasó con los demás objetos al fondo del sobre. Guardó éste bajo su oscuro sobretodo. La figura se encaminó tranquilamente a la puerta. Por el suelo polvoriento y sucio de la habitación del hotelucho corría ya un reguero de sangre, mientras el cuerpo exangüe de Murphy reposaba en extraña postura sobre la alfombra, con sus pies colgando aún desde la cama, tal como le habían sorprendido los últimos espasmos de la muerte.

—No debiste ser tan ambicioso —rió huecamente la voz del visitante nocturno, deteniéndose un instante en la puerta de la estancia—. Adiós, amigo...

Cerró tras de sí, después de comprobar que sólo había algo de sangre en su guante derecho. Ocultó esa mano en el bolsillo del sobretodo y caminó hacia la escalera. Momentos después, cruzaba ante el conserje. Éste se incorporó ligeramente, contemplando a la visita con interés.

—¿Desea algo de mí? —preguntó servilmente.

—No, gracias —rechazó el visitante, depositando con su mano zurda un billete de diez dólares sobre el mostrador—. Todo está bien. Ah, el señor Murphy me ha pedido que no le moleste nadie hasta mañana por la mañana.

—Entiendo, *señora* —dijo el conserje, con maliciosa sonrisa—. Buenas noches.

Guardó su billete. La dama que acababa de descender de la habitación 115, abandonó el hotel con airoso taconeo, envuelta su figura en el sobretodo oscuro, anudado con un cinturón del mismo tejido a su cintura. Usaba pantalones y zapatos de tacón no demasiado alto. Se metió en el coche y se alejó.

El conserje meneó la cabeza, pensativo. Luego, asomó a la puerta, curioso, escudriñando la parte posterior del automóvil, cuando éste maniobraba para girar en la calle inmediata. Leyó su matrícula. Y la anotó con rapidez apenas entró de nuevo en la conserjería, junto con los demás detalles apuntados cuando escuchó la conversación telefónica del cliente de la 115 con un tal Charlie.

Luego se sentó ante la centralilla telefónica y marcó repetidas veces el número 115, correspondiendo al teléfono de su cliente. No respondió nadie. Frunció el ceño. Tomó un duplicado de la llave de un cajón y pacientemente subió las escaleras para comprobar algo que le preocupaba profundamente.

Un par de minutos más tarde, encontraba el cadáver bañado en sangre de su cliente. Pero no llamó a la policía por ello. Al contrario: muy tranquilamente, cerró tras de sí la puerta y bajó a la conserjería. Descolgó el teléfono del exterior y marcó un número. Esperó.

Al fin se puso alguien. Habló con rapidez:

—¿Eres tú, Barney? Escucha, soy yo, Harry. Harry Woods, ya sabes. Tu viejo camarada. No, no me pasa nada. No me han echado del hotel, si eso te preocupa. Ya te dije que las pequeñas raterías se habían terminado para mí. Soy demasiado viejo para verme de nuevo con los huesos en la cárcel. El reúma me mataría. Escucha bien y no pierdas tiempo. Es posible que tengamos entre manos un asunto de muchos miles de dólares. Cientos de miles, sin duda. Pero necesito tu ayuda, porque yo no puedo abandonar de noche el hotel. Ven enseguida por aquí. Tienes que hacer algo. Y pronto, ¿está claro? Tenemos sólo hasta las diez de la mañana para trabajar, y ya son las dos y diez. Sí, no preguntes. Es un buen asunto, aunque algo peligroso. Un fulano ha muerto, de modo que imagínate. Pero tú eres un tipo duro. Ven enseguida. Te espero, Barney.

Colgó, tras recibir la promesa de su viejo compinche de que no tardaría ni veinte minutos en estar allí, dispuesto a lo que fuese con tal de obtener aquella fortuna prometida.

El conserje del Eastern se quedó pensativo, contemplando los datos que tenía. Todo eso, junto con las señas del cliente muerto, que acababa de conocer en el examen de su cartera, era suficiente para adelantarse al llamado Charlie y recoger aquella llave que le conduciría a un paquete depositado en el Aeropuerto Municipal de Santa Mónica. Un paquete que valía mucho para alguien. Quizás tanto, que acababa de costar una muerte.

Él no podía saber que allá fuera, en el callejón vecino, el automóvil que partiera poco antes del hotel, llevándose a la dama asesina al volante, permanecía aparcado en el vecino callejón, esperando.

Esperando lo que sin duda temía su conductora, tras haber visto asomarse al conserje a la puerta y examinar su placa posterior. Fumaba en silencio, sentada al volante, la asesina de Ben Murphy. Sus ojos brillaban, a causa del lejano reflejo del luminoso que parpadeaba frente a las ventanas del hotelucho, casi tanto como la brasa del cigarrillo.

Sonrió, burlona, dibujándose una mueca sarcástica en los rojos labios bien perfilados. Su mirada, por el retrovisor, se fijó en las placas auténticas del coche, cambiadas por aquellas otras falsas, que el conserje había memorizado sin duda. Pero le preocupaba a la dama asesina el interés del empleado por su coche. Significaba algo especial. Quizás el viejo individuo intuía o sabía algo. Era preferible esperar para salir de dudas. Y eso es lo que la fría y despiadada asesina esperaba ahora...

Una espera que no iba a verse defraudada, después de todo...

CAPÍTULO II

Sam Vaughan, detective de la Brigada contra el Vicio, desvió la mano armada de navaja que iba a cortarle el cuello. Lo hizo con tal fuerza, que sintió en su brazo el rudo dolor del impacto contra la muñeca del rufián. Éste emitió un gruñido y crujió su hueso. Pero no soltó la navaja, que emitía relampagueos amenazadores en la penumbra del callejón.

Sam Vaughan no vaciló en replicar a su agresor del mejor modo que sabía hacerlo. Y para eso, él no necesitaba armas. Llevaba su reglamentario 38 bajo la chaqueta, en la axila, pero tampoco hubiera tenido ocasión de empuñarlo. Mientras dirigía su mano hacia el arma, el otro le hubiera atravesado con el acero. Además, otros dos tipos, uno de ellos de color, con piel tan negra como la pez, venían ya por el callejón para unirse a su adversario. Uno llevaba en su mano una enorme pistola automática calibre 45. El otro, una barra de hierro de regulares proporciones.

—¡Hay que matar a ese hijo de la gran perra de policía! —oyó bramar a uno de ellos, mientras él disparaba su zurda y sentía hundirse el puño entre la fofa carne del estómago de su adversario armado. Éste gruñó otra vez, intentando manipular su navaja automática hacia él.

Vaughan no dudó. Le pegó de nuevo con la derecha, en la sien izquierda, y el tipo resopló como un toro fatigado, inclinándose ligeramente aturdido. El detective levantó su pierna y le plantó la rodilla brutalmente en el rostro. La nariz del otro emitió un chasquido. Y comenzó a chorrear sangre.

Sin piedad alguna, Vaughan le tiró un puntapié a las ingles, notó bailotear los testículos bajo el golpe, y el tipo abrió los ojos vidriosos, emitiendo un jadeo antes de caer de espaldas en el

pavimento.

Uno de los nuevos enemigos, el negro del pistolón, alzó éste para apretar el gatillo. Vaughan se echó atrás y empuñó su 38. Cuando disparó, el otro también lo hacía. La callejuela se llenó con el estruendo de dos estampidos y el doble salivazo de fuego de ambas armas. La bala del negro le silbó junto a la oreja y se incrustó en el muro de ladrillos, a su espalda.

El proyectil del 38 de Vaughan le reventó los huesos y cartílagos de la mano derecha, haciéndole soltar el arma. Trastabilló, aullando de dolor, y sujetándose aquellos dedos rotos que despedían varios chorros de sangre. Su compañero de la barra de hierro lanzó un juramento soez y se detuvo, vacilante, mientras el revólver del detective emitía un áspero chasquido al ser amartillado nuevamente.

—¡No dispaes, bastardo! —aulló el del objeto contundente, arrojando éste y alzando sus brazos bien en alto—. ¡Me rindo, me rindo...!

—Eso está mejor. Poneos los dos de cara a la pared y con las manos bien extendidas, que yo las vea, puercos. Al primero que intente alguna estupidez, le hago pedazos el cráneo y toda la basura que lleva dentro, ¿está bien claro? Vamos, vamos, obedeced ya.

Rodeó al adversario inconsciente, quitándole la navaja de su alcance, y caminó revólver en mano hasta donde tenía a los dos prisioneros pegados al muro, mientras la mano rota de uno de ellos dejaba correr la sangre por los ladrillos.

Les cacheó con celeridad con su mano zurda. Luego, esposó a ambos tipos y les empujó hacia la cercana e iluminada calle. No lejos de allí, sonaba ya una sirena policial, cada vez más próxima.

Cuando el coche patrulla llegó, entregó los dos prisioneros a los agentes uniformados que saltaron a la acera, revólver en mano. Les mostró su credencial.

—Llévenlos y léanles sus derechos —gruñó—. Están acusados de posesión y venta de cocaína y de proxenetismo con menores de edad. El del callejón está algo peor. Era el jefecillo del grupo. Pero detrás de todo esto está la mafia de Los Ángeles, por supuesto. Toda esa maldita y sucia gentuza que corrompe cuanto toca.

Los patrulleros cargaron con los tres prisioneros. Uno de los agentes emitió un bufido al ver el estado del tercer maleante.

—Esto no va a gustarle a los jefes, amigo —comentó, mirando a Vaughan—. Le ha dejado usted hecho unos zorros.

—Peor me hubiera dejado el hijo de zorra si me pillá con esto —mostró Vaughan la navaja, con gesto displicente—. Además, el dar cuenta de mis actos es cosa mía, muchachos.

—Lo sé, lo sé —el patrullero se encogió de hombros—. Pero el Comisionado ha dado un buen rapapolvo a los policías con relación al trato recibido por los presos. Al parecer, en las alturas no les gustan los métodos violentos. El capitán Gargan se ha hecho cargo hoy de la investigación de los Asuntos Internos de la policía. Creo que debería tenerlo en cuenta, compañero. Tiene fama de duro con quienes se propasan en el cumplimiento del deber. Yo sólo quiero avisarle.

—Pues ya lo hizo. —Vaughan torció el gesto—. Llévense a esa basura. Yo iré después con alguien más. Tengo otro asunto por resolver en ese antro...

Señaló un local cercano, de parpadeantes luces rojas. Se llamaba La Gruta, y tenía aspecto de cualquier cosa menos de servir para acoger ermitaños en meditación. Numerosas fotografías en color, en una vitrina, anunciaban audaces desnudos y números eróticos como espectáculo. Pero a Vaughan todo eso le tenía sin cuidado. No era un mojigato ni un puritano aunque perteneciese a la Brigada contra el Vicio. El sexo y todo eso no era asunto suyo, mientras no hubiese menores de por medio, violaciones y cosas parecidas.

Entró en el local. En una larga barra de mostrador, una rubia de gigantescos pechos y enormes caderas se quitaba en ese momento su sujetador, dejando bailotear al aire libre sus generosas y ya no demasiado firmes glándulas mamarias, que los hombres que bebían y fumaban, sentados en los taburetes de ese mostrador, contemplaban absortos, a la espera de que la última y diminuta pieza que la dama lucía entre sus muslos, cayera también. La música de discoteca era ensordecedora, amplificadas en exceso por varios altavoces, y su ritmo monocorde lograba aturdir casi tanto como la roja luz que bañaba a la nudista.

Vaughan dejó todo eso atrás, seguido por la mirada ceñuda y recelosa de un encargado que mordisqueaba un grueso cigarro, mostrando tanto interés por la rubia de los senos grandes como si ésta hubiera sido una bolsa de patatas fritas. Alzó una cortina

situada al final del mostrador. Y contempló a la jovencita que aparecía allí sentada, en un sofá rojo, mientras un tipo canoso, medio calvo, gordo y congestionado, manoseaba sus muslos y pechos, emitiendo jadeos roncós. La muchacha no tendría más allá de los dieciséis años, aunque representaba uno o dos más, gracias a un peinado y un maquillaje muy sofisticados.

—¿Qué significa...? —bramó el tipo viejo, incorporándose a medias y mirando con ira al detective—. ¡Baje esa cortina, amigo, y lárguese!

—Cierre el pico, viejo baboso —le cortó Vaughan agriamente, mostrándole su credencial—. Brigada contra el Vicio. ¿Quiere que demos su nombre y lugar de origen a los periodistas para que ellos lo publiquen mañana, mencionando que estaba usted intentando abusar de una menor?

—¡Miente! —aulló el otro—. ¡Ella tiene diecinueve años...!

—Tal vez sea cierto que se lo ha dicho y que usted lo ha creído, pero sospecho que sabe muy bien que ha cumplido los quince años no hace demasiado tiempo, y que eso es un grave delito en este estado.

—¡Ella me lo ha jurado, me mostró incluso un documento...! —gimió sudoroso el tipo, contemplando ahora con una mezcla de lástima y de ira las formas femeninas que no iban a ser suyas—. Si me ha mentado, es culpa de ella, no mía.

—Eso iba a serle difícil explicarlo ante un juez. Y más difícil aún ante su esposa, sin duda alguna —rió Vaughan—. Pero las ratas como usted no me interesan. Lárguese de aquí antes de que cambie de idea y lo empapele, amigo.

—Sí, sí, ya me voy... —Se volvió, irritado, hacia la muchacha—. Maldita furcia quinceañera... Te debería romper la cara por engañarme...

Se alejó presuroso, saliendo del local de estampía. Vaughan rió, mirando con ojos de reproche a la chiquilla. Ésta se irguió, ceñuda, dominando su enfado.

—¿Otra vez usted? —se lamentó—. Ese tipo tenía pasta. Y estaba dispuesto a pagarme bien por ser una menor. Lo sabía perfectamente, aunque fingía ser engañado...

—Claro. Conozco a esa clase de tipos, encanto. Y te conozco a ti. ¿Cuántos años le dijiste esta vez? ¿Diecinueve?, como él asegura.

—Sí, maldito sea —bajó la mirada, alisándose la falda sobre los muslos desnudos hasta entonces, y arregló la blusa para ocultar sus jóvenes y firmes pechos—. ¿Por qué ha de andar metiéndose siempre en mis asuntos? Sabe que escaparé otra vez de ese reformatorio al que me llevará, lo mismo que hice las dos veces anteriores. No puedo vivir encerrada.

—Lo sé. Necesitas sentirte mujer y vender tu cuerpo a cualquier cerdo con dinero. Pero eso no es culpa tuya totalmente, Daisy. No te buscaba a ti, sino a tu amiguita también menor. Ya sabes a quién me refiero: la ladrona.

—¿Kim? Ella tiene ya casi los dieciocho... Los cumple el mes que viene, polizonte.

—Estoy enterado de eso. Pero aún no es el mes que viene —cortó Sam—. Y Kim, además, ha robado a dos personas con el cuento de la muchacha indefensa que busca protección porque la han abandonado sus padres borrachos y todo eso.

—Ella no tiene la culpa de que los demás sean unos puercos, polizonte. Sabe muy bien que sus víctimas no tratan de protegerla desinteresadamente, sino que pretenden mostrarse magnánimos para abusar de la supuesta muchacha necesitada de ayuda. Es como estafar a alguien. Sólo se estafa a los que desean estafar al otro.

—No me des lecciones de picardía ahora, Daisy. Sé muy bien la clase de pájaros que son los tipos que desean «proteger» a Kim. Y que ella usa el truco para robarles y desaparecer luego. Pero esta vez cometió un grave error: robó algo más que dinero. Tiene encima de su persona varias bolsas de cocaína pura, por valor de más de trescientos mil dólares. Es una mercancía muy peligrosa. Si su dueño la encuentra antes que yo, está perdida. Le pegará una paliza, o quizás la mate para evitar que nadie pueda declarar contra él mencionando ese producto. ¿Vas a ayudarme o no, preciosa?

—Por Kim lo haré —dijo ella, tras una vacilación—. Pero no sé si debo creerme todo lo que dice...

—Créelo por el bien de ella. —Vaughan estudió pensativo a la muchacha—. Mira, te voy a dejar ir por esta vez. Pero derecha a tu domicilio y sin volver a jugar a ser mujer, o la próxima vez te meteré en un reformatorio de donde es muy difícil escapar por hábil que seas. Te buscaré por estos lugares. En cuanto de contigo otra vez en situación parecida a la de esta noche, despídete de todo trato

de favor, pequeña.

—¡No me llame «pequeña»! —Se enfureció la chiquilla. Se mordió el labio inferior, poniéndose en pie, y murmuró con tono confidencial—: Encontrará a Kim en el Hotel Riverside, en Redondo Beach. Se inscribió como Jenny Brown. Creo que estaba muy asustada cuando se despidió de mí.

—Tiene motivos para estarlo. La mafia de esta ciudad la hará trizas si da con ella antes que yo. Es lo malo de robar ciertas cosas. Esas dosis de cocaína comprometen a demasiada gente. Su vida no vale un centavo si dan con ella ahora. El tipo que fue robado, ese tal Saughnessy, es un mal bicho. De la peor especie, diría yo. Y no sólo se dedica a la droga. También contrata a chicas como tú, para deleite de viejos viciosos. Te lo aviso por si alguna vez das con él en esta jungla. Ahora sé buena chica y vete a cualquier sitio donde no te entren tentaciones de jugar a la mujer fatal, ¿está bien claro? Por si necesitas ayuda, toma. Pero úsalo para bien o la próxima vez que te encuentre lo lamentarás —y opuso en mano de la muchacha un billete de veinte dólares—. Felices sueños esta noche, Daisy. Pero duermes sola, ¿quieres?

—A veces es usted un encanto, polizone —suspiró ella, metiéndose el billete entre los pechos—. No olvidaré este detalle. Gracias, teniente.

—¿Teniente? —Vaughan torció el gesto—. Sólo soy detective, preciosa. Sin graduación. Mis métodos nunca gustaron demasiado en las alturas. Y no ascendí.

—Pues merecía ser capitán —sonrió la adolescente, besándole en una mejilla y alejándose con rapidez a través de la repleta sala, sin que nadie se fijara en ella, salvo el hombre del puro mordisqueado, ya que para entonces la opulenta rubia había descubierto también la última zona de su cuerpo, y el espectáculo concentraba toda la atención de la clientela.

—Eh, ¿de nuevo metiéndose con mis asuntos? —preguntó el tipo del cigarro al detective Vaughan cuando éste pasó cerca de él—. Esa jovencita tiene la edad legal, ¿no lo sabe?

—Todavía no se puede ejercer la prostitución a los quince años, Burke —le recordó secamente Vaughan, arrancándole el cigarro de los dientes—. Y eso es lo que tiene la chica, ¿no lo sabías? Claro que puedo llevarte conmigo a que lo aclares ante el juez, aunque eso le

cause unos problemas a la muchacha...

—Yo no podía saber... —tartajeó Burke, asustado, dando un paso atrás—. Ella juró tener esa edad. Incluso lleva un documento certificándolo...

—La muy pillá... —rió entre dientes Vaughan, meneando la cabeza—. Debí llevármela sin más. En fin, Burke, espero que no se repita esto en tu local. Ni la mafia te salvaría del embrollo si encontramos menores en tus reservados, amigo...

Y metiendo el cigarro en el bolsillo de la camisa del encargado, sin importarle que la brasa quemase el tejido, Vaughan salió de «La Gruta» dando un portazo tras de sí, mientras la rubia se inclinaba en el mostrador, dejando que varias manos ávidas abarcasen los enormes melones que tenía por busto, entre exclamaciones de júbilo.

—Maldito puerco policía... —farfulló Burke, apresurándose a apagar el tejido abrasado y arrojando a un cenicero su aplastado cigarro—. Algún día te veremos crucificado, hijo de perra...

* * *

—¡No puedes hacerme esto, maldito bastardo! ¡No puedes hacérmelo! ¡Esta vez no he hecho nada!

—No, ¿eh? —rió Sam Vaughan mirando irónicamente a Kim Garfield entre rejas—. ¿A qué le llamas entonces hacer algo? Te hemos encontrado encima mil dólares en billetes de cien y tres bolsitas de «nieve» purísima, que valen más de un cuarto de millón.

—¡Yo no sabía lo que era! ¡Lo encontré entre esos billetes que me pagaron por hacer algo!

—Hacer, ¿qué? —La miró burlón Vaughan—. ¿El numerito de siempre? ¿La pobre chica desvalida que necesita ayuda generosa y desinteresada? ¿La que explota la lujuria ajena para apoderarse de cuanto haya de valor y escapa?

—Aunque fuera así, sólo engañaría a quienes pretenden engañarme a mí. ¿Eso es un delito?

—Claro que es un delito. Como lo es meterse en esos embrollos teniendo solamente diecisiete años.

—¡Dieciocho! —clamó Kim aferrándose a los barrotes—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Ya soy mayor de edad!

—Te falta un mes, encanto. Además, una ratera es una ratera, tenga la edad que tenga. ¿Está eso bien claro?

—Estoy segura de que nadie presentó una denuncia formal contra mí.

—Eres muy lista, ¿eh? Sabes que no lo harían al haber robado cocaína en el monedero que te llevaste con los mil dólares. No son tan tontos. Pero si dan contigo, te van a mandar al fondo de las aguas con un buen lastre pegado a tu bonito cuerpo, Kim. ¿Has pensado en ello?

—Vete al diablo —refunfuñó ella, malhumorada, paseando por la celda—. Debí escapar de aquel hotel en Redondo Beach, y no dejar que me trajeras aquí. Dijiste que ibas a ayudarme, no a meterme entre rejas, maldito policía embustero.

—Ésta es la mejor manera de ayudarte, aunque no lo creas, encanto —suspiró Sam, meneando la cabeza—. Aquí no llegarán Saughnessy ni sus esbirros. Estás a salvo de momento. Mañana saldrás de aquí y te enviaré a algún sitio donde estés segura por un tiempo, al menos hasta que Saughnessy caiga, o hasta que el caso se olvide. Espero contar con tu colaboración para tender la trampa a ese mafioso. A cambio de ello, tendrás inmunidad y protección. ¿Qué dices?

—Hum, no sé... —reflexionó, mirándole desconfiada, con un mohín de enfado en su bonito y pícaro rostro—. Debería negarme a colaborar con un tipo como tú, pero...

—Pero la verdad es que tienes miedo —sonrió duramente Sam.

—Está bien, lo tengo —musitó ella, sincerándose. Se aproximó a él y le miró entre las rejas—. ¿Qué debo hacer, sabueso?

—Firmar una declaración, diciendo dónde tomaste esas dosis de droga, quién las poseía, y todo lo demás. Luego, cuando juzguemos a Saughnessy, tendrás que comparecer.

—Pero me matarán... No me dejarán testificar... Además, soy una menor, iré a la cárcel...

—No, por entonces ya no. Ése será otro favor que te haga: señalar el proceso para dentro de un mes, exactamente. Entonces, tendrás dieciocho años. Sólo podrán condenarte por ladronzuela. Saldrás bajo fianza, en libertad condicional. Yo lo arreglaré. Pero Saughnessy irá a prisión por mucho tiempo, que es de lo que se trata.

—¿No pueden entonces vengarse en mí? —Temió la joven.

—Si Saughnessy cae, caerá toda su red. Sé que está en posición delicada con la mafia. Si falla, le dejarán solo y se lavarán las manos. Ha fallado demasiadas veces para que le concedan más oportunidades. ¿Qué me dices a eso?

—Conforme —aprobó ella roncamente—. Te ayudaré.

—Buena chica —aprobó él, satisfecho—. No te arrepentirás de esto...

Dio media vuelta. Se alejó de las celdas, en dirección a las oficinas del departamento donde se hallaba la Brigada contra el Vicio. Antes de llegar allí, un hombretón de traje de sarga azul, rostro cuadrado y mirada dura y fría como un diamante, se interpuso en su camino.

—Soy el capitán Gargan, de Asuntos Internos —se presentó—. Usted es el detective Sam Vaughan, de la Brigada del Vicio, ¿no?

—Sí, capitán —le miró, pensativo—. ¿Suced algo?

—Suced mucho. Vaughan. El hombre a quien usted golpeó en el callejón está muy grave. No sólo le quebró el tabique nasal y le dañó los testículos, sino que al caer se produjo una lesión vertebral de la que quizás no salga. Se le ha denunciado por malos tratos y abuso de autoridad, y es ya reincidente en ello. Debo notificarle, antes de que vea a su superior, que ha sido relevado de todos sus deberes y suspendido en el Cuerpo hasta que se investigue adecuadamente su comportamiento. Pero le advierto que si le encuentran culpable de brutalidad, será expulsado definitivamente de la policía. El Comisionado McPattern está dispuesto a limpiar a fondo la policía local de sádicos y de bárbaros. Buenas noches, detective Vaughan.

Se alejó por el corredor, caminando pesadamente, desplazándose como un tanque capaz de arrollarlo todo a su paso. Vaughan, meditativo, contempló la maciza figura del capitán Gargan, y luego reanudó su marcha hasta el despacho de su jefe, el teniente Lynch.

—Hola, Vaughan —le saludó Lynch gravemente—. ¿Ha visto ya al capitán Gargan?

—Sí —suspiró Sam, depositando sobre la mesa de su jefe la identificación y el revólver—. Creo que debo entregarle todo esto, ¿no?

—Sí, eso me temo... —afirmó con la cabeza, triste la expresión,

su superior—. Quisiera evitar esto, pero el capitán Gargan y el comisionado McPattern tienen ciertas ideas sobre la policía que piensan poner en práctica de un modo implacable. Tienen el criterio de que somos demasiado duros con los delincuentes, y que éstos son angelitos a quienes conviene respetar y cuidar amorosamente aunque nos amenacen con una navaja, una barra de hierro o un revólver.

—Lamento haberle metido en problemas, jefe. Y también a la brigada...

—No diga tonterías, Sam. Sabe que no me gusta la violencia gratuita, pero usted siempre ha sido rudo porque tenía que serlo, no por sadismo ni por crueldad. Voy a echarle de menos este tiempo, pero sé que volverá con nosotros en breve.

—No esté tan seguro. El capitán Gargan tiene otras ideas respecto a mí.

—Al diablo con Gargan y con el comisionado. Son dos tipos que sólo buscan lucimiento personal. Gargan es el nuevo encargado de Asuntos Internos y desea prenderse una medalla. McPattern es uno de esos politicastos que basan su campaña en todas esas patrañas de que la policía es brutal y el delincuente un pobrecito desheredado de la fortuna, víctima de la sociedad que no le comprende. Espero que no puedan con nosotros.

—Eso nunca se sabe, teniente —sonrió amargamente Sam—. Creo que me iré a dormir. Pero le había prometido ayuda a Kim Mansfield, si declara contra Saughnessy...

—Yo me cuidaré de eso —refunfuñó el teniente Lynch entre dientes—. Vaya tranquilo. Sam. Le llamaré si hay alguna novedad. Lástima... Iba a encargarle un asunto que sé le interesaría, pero ya no es cosa de hablar de ello, puesto que está suspendido de empleo y sueldo.

—De todos modos, dígame de qué se trataba. ¿Algo especial?

—Muy especial. Sam. Un viejo conocido suyo, un chantajista y estafador de poca monta, Ben Murphy, fue hallado muerto bestialmente en una habitación de un hotelucho de mala nota. Le habían destrozado a cuchilladas. Cuchilladas que resultaron hechas con un fragmento de disco.

—Con un ¿qué? —Gruñó Vaughan, perplejo.

—Uno de aquellos viejos discos de setenta y ocho revoluciones,

ya sabe. Duro como la piedra, pero quebradizo. Lo usaron como navaja después de romperlo, y a fe que lo hicieron a conciencia. Un trozo de disco se quedó clavado en la herida mortal del pecho que mostraba el tal Murphy.

—Extraña arma de matar...

—Muy extraña. El hecho ocurrió anoche. Pero lo más sorprendente es que poco más tarde fue hallado, también muerto, en las cercanías del aeropuerto municipal de Santa Mónica, un tipo llamado Barney Fox, en posesión del cual se halló una llave de apartado para paquetes del propio aeropuerto, contratado a nombre de Ben Murphy. Y que el viejo conserje del hotel del crimen, Harry Woods, ha desaparecido sin dejar rastro. Extraño, ¿no?

—Sí, lo es. Pero tiene todas las trazas de pertenecer a Homicidios, no a esta Brigada... aunque Murphy fuese un drogadicto.

—También lo era Barney Fox, el tipo muerto en las inmediaciones del aeropuerto y que había sacado poco antes del compartimento a nombre de Murphy un paquete allí depositado. Paquete que él no llevaba encima cuando fue hallado muerto.

—¿Green que pudo ser un cargamento de droga?

—Los de Homicidios piensan que sí. El teniente Hamilton me ha pedido cooperar. Y yo pensé en usted, puesto que era viejo conocido del rufián de Murphy...

—Sí, hubiera estado bien. Conozco a mucha gente que se relacionaba con ese pillo redomado. Un día lo encarcelé, pero luego le hice algunos favores a cambio de chivatazos.

¿Cómo mataron al otro, a ese tal Fox?

—Del mismo modo que a Murphy. Le cortaron el cuello de oreja a oreja. Pudo ser con una navaja de afeitar o con un cuchillo, pero el forense encuentra los bordes de la herida muy parecidos a los de los cortes sufridos por Murphy. Quizás otro trozo de disco fue usado para matarle, no sé... En fin, dejémoslo. Encargaré del asunto al detective McCoy. Hasta pronto, amigo Sam.

—Teniente, puesto que el asunto es de Homicidios, y la nuestra será, por el momento, sólo una colaboración especial en el caso... ¿no podría, a título particular...? Piense que soy un buen conocedor de los ambientes que frecuentaba Murphy, que conozco bien a amigos y compinches suyos...

El teniente Lynch meditó, frotándose el mentón. Luego miró a su subordinado con una sonrisa.

—Está bien. Sólo a título privado, sin saber yo nada oficialmente... puede hacer algo, por el momento. Pero vaya con pies de plomo, Sam. Si le cogen en esto, no podré ayudarle. Es más, tendré que negar que supiera algo... y se verá solo ante sus verdugos. ¿Está dispuesto a correr ese riesgo usted solito, sin que nadie le eche una mano ni el peor de los casos?

—Sí, teniente —afirmó Sam, enérgico—. Estoy dispuesto a lo que sea.

—Bien. Entonces, el caso es suyo. Pero recuerde: yo no sé nada de nada.

—Sí, sí. Lo recordaré muy bien, teniente, no lo dude —rió entre dientes el joven policía, abandonando el despacho.

CAPÍTULO III

El encargado de la morgue cerró los dos cajones con su aire indiferente y rutinario. Sam se frotó la mandíbula, dando unos pasos bajo la cruda luz azulada del recinto mortuario.

—Un trozo de un viejo disco fonográfico... —repitió para sí, meditativo—. Qué arma más singular y poco frecuente para matar en pocas horas a dos personas... En verdad que es un raro asunto... Gracias por todo, amigo.

Agitó una mano hacia el empleado, y se alejó hacia el exterior del depósito de cadáveres, todavía con la espantosa imagen de los dos cuerpos contemplados bajo las sábanas, en aquellos dos cajones del frigorífico destinado a tan lúgubre contenido.

Mientras caminaba por un largo, lóbrego y aséptico túnel que conducía al exterior del centro forense, iba reflexionando sobre la visión de aquellos cortes terribles, de aquella forma de matar, feroz y sangrienta, con algo tan simple y tan pasado de moda como un viejo disco, de aquellos que se grababan solamente cuando no existía el microsurco y menos aún la cinta magnética.

—¿Qué diablos hacía un disco en el cuarto del hotel? No concibo a Ben Murphy escuchando música, y menos aún con la clase de tocadiscos que haría falta para esa clase de grabación. Hoy en día solamente se fabrican para treinta y tres y cuarenta y cinco revoluciones, o menos aún, pero jamás para setenta y ocho. El mercado del disco viejo es para coleccionistas y dueños de antiguallas... ¿Lo llevaba consigo el asesino? Pero es absurdo que un criminal lleve consigo esa clase de disco... a menos que pensara romperlo y utilizar sus fracciones como arma agresiva. En cuyo caso, es infinitamente más práctico y seguro llevar una navaja, un cuchillo, incluso otra clase de arma incisiva, como un bisturí o un

cortapapeles... No, no logro entenderlo... Murphy asesinado sin que el conserje de noche de parte de ello ni sea hallado luego... Y a mucha distancia de allí, otro hombre asesinado de forma parecida, con una llave de apartado de paquetes en un aeropuerto, que fue alquilado por el propio Murphy... Creo que visitaré ese hotel primero. Y luego a algún buen amigo de Ben...

Tomó su coche particular. Y como simple ciudadano particular, desprovisto de su credencial y de su arma, fue Sam Vaughan hacia el Hotel Eastern.

* * *

—Soy Judy Reates, la dueña de este hotel —dijo secamente la matrona, mirándole con expresión de pocos amigos—. Ha venido mucha gente últimamente por aquí, a causa de esa muerte. ¿Usted también es policía?

—Sí, también —dijo Sam con frialdad, dejándole ver de modo fugaz el único documento oficial que poseía, una tarjeta del Cuerpo de Policía de Los Ángeles, útil solamente para el economato y cosas así. Pero ella solamente vio la inscripción del Cuerpo, y eso bastó. Sam guardó con rapidez su documento—. Hábleme de Ben Murphy. ¿Llegó solo?

—Yo no le inscribí, sino mi conserje de noche, Harry Woods —se excusó ella. Miró el libro de registro, mostrándoselo luego a Vaughan—. Pero puede verlo por sí mismo. Consta solo. Sin nadie más. Habitación 115.

—Sí, ya veo. ¿Lo encontraron muerto allí?

—Yo lo encontré a primera hora de la mañana. Harry ya no estaba en la conserjería. Había dejado una nota diciendo que se ausentaba un momento. Pero de eso hace ya dos noches. Y no ha vuelto por aquí ni por su domicilio.

—¿Vive solo su conserje?

—Sí. En un piso antiguo. Puedo darle sus señas...

—Sí, gracias. Pero no cree que logre nada con eso, ¿no?

—Pues no, no lo creo. Nadie ha visto a Harry por allí desde antes del crimen.

—Lo imaginaba. ¿No figura ningún otro huésped inscrito más tarde que Murphy en esa noche?

—No, ninguno. Es más, aquí puede ver el bloc de apuntes que Harry tiene siempre junto a la centralita. No hay apuntado nada en absoluto, aunque aquí acostumbraba a anotar la presencia de alguna visita a los clientes, si la había.

—¿Me permite ver ese bloc, por favor? —pidió Sam.

—Sí, claro —ella se encogió de hombros y le tendió el bloc con indiferencia—. Ya ve que no hay nada...

—No estoy tan seguro —rechazó Vaughan vivamente. Tomó un cenicero situado junto a él y vertió la ceniza sobre la primera hoja del bloc, frotándola luego cuidadosamente en la superficie del papel. Lentamente, se marcaron unas líneas en blanco, donde la presión de un lápiz o un bolígrafo sobre otro papel situado encima, habían dejado trazados rasgos hasta entonces invisibles. Sam sopló, alisó el gris ceniciento en el papel, y extrajo una pequeña lupa plegable, con la que examinó minuciosamente lo escrito. Tomó otro papel y escribió con rapidez unas palabras y cifras:

Charlie. Murphy. HO-

92 171.

Luego habían añadido una dirección concreta y otras cifras:

Ocean Park Lane. 18 —DW

45 123.

—¿Qué es eso? —se interesó vivamente la dueña del hotel—. ¿Hay realmente algo escrito ahí?

—Sí, lo hay —asintió Sam, ceñudo—. Lo que no sé es si significa algo. Gracias por todo, señora Keates. Deme la dirección de su conserje nocturno, por favor. Volveré otro día para decirle lo que hay de nuevo, si es que su empleado no aparece.

Ella asintió, no muy convencida, le apuntó algo en un papel, y Sam Vaughan abandonó el hotel, examinando todos los apuntes que llevaba consigo. Lo primero que hizo fue hacer la llamada al número HO-

92 171.

No contestó nadie. Permaneció en la cabina telefónica, preguntándose quién viviría en el domicilio correspondiente a ese número. Por sus iniciales estaba claro que correspondía a Sunset. Un buen barrio, cerca de la gente del cine. ¿Qué relación podía tener el viejo conserje con ese número? ¿Quién era Charlie y a quién o quiénes correspondían aquellas señas y aquella matrícula de

coche recién apuntadas en segundo lugar?

Recurrió a un amigo de la Central de Tráfico para resolver este último punto. Tuvo el informe requerido en pocos minutos. Era desconcertante:

—Esa placa aún no ha sido adjudicada a coche alguno en California, Sam —le dijo su amigo—. ¿A qué estás jugando?

—No lo sé —le dio las gracias y colgó, pensativo. Otra nueva llamada fue para otro amigo suyo, éste empleado en la Compañía Telefónica. Le solicitó informes sobre el número HO-92 171.

La respuesta tampoco se hizo esperar, y fue bastante más concreta:

—Es un número del Sunset Boulevard, Sam —le dijeron—. El abonado se llama Charlie Saxon, y su local es una tienda de reparación de televisores, con vivienda en la planta alta.

Ya era algo al menos. Había oído el nombre de Saxon en relación con Murphy en algunas ocasiones. Era amigo suyo o compinche en asuntos sucios, como podía ser el contrabando de aparatos electrónicos o el robo de televisores de color. Murphy había estado metido a veces en cosas así. Pero eso no aclaraba el crimen.

Saber qué relación tenía aquella dirección de Ocean Park con Murphy y Charlie, o con la placa inexistente de automóvil, era más sencillo: bastaba con ir al lugar anotado. Y eso hizo Sam.

Cuando llegó a Ocean Park Lane, un callejón cercano a Ocean Park Avenue, no le fue difícil dar con el número dieciocho. El pasaje era corto y el edificio en cuestión resultó ser un edificio de apartamentos no demasiado lujosos. Entró en el vestíbulo. Le bastó una ojeada rápida a los buzones para encontrar uno con un nombre que le era familiar: Ben Murphy.

—De modo que el viejo zorro vivía aquí ahora —reflexionó, estudiando el buzón. Y observó arañazos en la pintura del mismo, así como una leve abolladura. Tenía todas las trazas de haber sido forzado para sacar algo de su interior.

Vaughan se encaminó después a Sunset. Se detuvo ante el número que le diera su amigo de la compañía de teléfonos. La tienda estaba cerrada. Pero había alguien dentro. Vio luz y movimiento. Se aproximó, golpeando en los vidrios.

No acudió nadie. Repitió la llamada. Por fin se alzó una varilla

de la persiana de material plástico. Unos ojos le escudriñaron.

—¿Quién llama? —preguntó una voz cauta en el interior—. Está cerrada la tienda.

—Ya lo veo. Abra, amigo. Vengo a ver a Charlie.

—Yo soy Charlie. Pero tengo trabajo en el taller. No puedo atenderle. Vuelva mañana.

—Si me voy, no volveré mañana, Charlie. Traeré conmigo un coche patrulla y una orden judicial dentro de una hora. Tendrá que abrir o echaré entonces la puerta abajo.

—Maldita sea... ¿Es un policía?

—No —rió Sam—. Soy Papa Noel, ¿no lo ve? Bien, ¿busco la patrulla y al juez?

—No, no, espere, maldición —refunfuñó el tal Charlie—, ya le abro.

Entró cuando le franquearon el paso. Se quedó mirando al hombre pálido y pelirrojo, rodeado de televisores de todas marcas. Se humedeció el otro los labios y miró desconfiado a su visitante.

—¿Por qué me busca? —quiso saber—. Soy un hombre honrado, mi negocio es honesto...

—No he dicho lo contrario —los ojos de Sam recorrieron los televisores—. ¿Qué le dice el nombre de Ben Murphy?

Advirtió la repentina palidez en el rostro del otro. La saliva hizo ruido cuando la tragó, subiendo y bajando su nuez con violencia.

—No sé... no sé a qué se refiere. No tengo nada que ver con los asuntos de Ben... —protestó.

—Escuche, Charlie. Sin duda, Ben le habrá hablado alguna vez de mí. Soy Sam Vaughan, de la Brigada contra el Vicio.

—¡Yo no me he metido nunca en asuntos de drogas ni prostitución! —gimió el otro, casi implorante—. Está equivocado si quiere mezclarme a mí en algo turbio, Vaughan.

—Sólo quiero hablar con usted. De la muerte de Ben, para ser exactos.

El otro inclinó la cabeza. Respiró hondo. Sus manos temblaban ligeramente.

—Supe ayer que le habían matado —jadeó—. No sé nada de eso. No puedo imaginar quién lo hizo...

—Usted sabía que él estaba en un hotelucho. Que se escondía de alguien...

—¡Yo sólo sé lo que él me dijo cuando llamó por teléfono! — protestó Charlie, angustiado.

—Vaya, de modo que admite que le llamó...

—Sí, pero Ben debía de estar chiflado o borracho cuando lo hizo. Fui a su casa como me pidió. No había ninguna llave en su buzón. No pude ir a recoger nada al aeropuerto de Santa Mónica... Pero le juro que no sé nada de todo ello. Sólo que era su amigo y quería ayudarle. Parecía preocupado, como si temiera que iba a ocurrirle algo...

—Y le ocurrió —dijo Sam lentamente, arrugando el ceño—. De modo que usted fue a su apartamento de Ocean Park Lane...

—No, no. No subí al apartamento para nada. Sólo debía recoger una llave del buzón e ir en busca de un paquete al Aeropuerto Municipal de Santa Mónica...

—Pero no lo hizo.

—La llave no estaba. Era inútil ir al aeropuerto sin ella.

—Alguien fue más rápido que usted, Charlie. Oyeron sin duda su conversación y recogieron esa llave, recuperando el paquete depositado en Santa Mónica. Eso le salvó la vida, Charlie.

—¿A mí? —se asombró Saxon.

—Sí. El que se adelantó a usted, firmó su sentencia de muerte con ese viaje. Le cortaron el cuello cerca del aeropuerto, y se llevaron el paquete allí depositado.

—¡Dios mío! —Se estremeció ostensiblemente el tal Charlie—. ¿Cómo pudo suceder?

—Creo que el conserje de ese hotel era un viejo zorro. Quiso sacar tajada de una charla telefónica sorprendida. Encargó a un amigo que recogiera el paquete. Ahora, el amigo está muerto. Y el conserje... no sé. Ni siquiera aparece por parte alguna. ¿Le dijo Ben lo que contenía ese paquete?

—No, no lo dijo... Espere: mencionó solamente una cosa. Dijo que había dentro una fotocopia y una grabación magnetofónica... así como un número determinado de teléfono. Yo debía guardar todo eso y esperar hasta las diez de la mañana. Si no sabía nada de él, debía ir a la policía... o comunicar con ese teléfono y pretender sacar algún beneficio de todo ello. Dudaba entre poder celebrar conmigo una fiesta por todo lo alto... o caer víctima de alguien. Dijo que llevaba entre manos algo grande.

—Demasiado para él —resopló Sam tristemente—. Tan grande, que le aplastó con su peso. Supongo que nada le insinuó sobre ese teléfono, esa grabación, esa fotocopia...

—No, nada. Era obvio que si todo le salía bien, no quería que nadie compartiese su secreto.

—¿Es todo cuanto sabe, Charlie?

—Sí, todo. Le juro que le contaría todo cuanto hubiese, de conocer más detalles. Esto no me gusta nada.

—Usted tiene olfato, amigo. Esto huele a podrido por todas partes. Él le habló de una grabación magnetofónica, ¿no? Pues sepa que el asesino le mató con un trozo de un viejo disco de aquellos de pasta dura y quebradiza... Curioso, ¿no? Al menos existe un factor común entre ambos hechos: grabaciones, discos, cintas, lo que sea... Pero ¿adónde nos conduce eso?

—A mí, a ninguna parte, se lo juro —confesó Charlie Saxon, sombríamente.

—A mí tampoco, Charlie. Y eso no me gusta —dijo Sam, camino de la salida—. No me gusta nada ir dando palos de ciego en la oscuridad, maldita sea...

Salió, cerrando la puerta tras de sí. Detuvo su coche junto a otra cabina telefónica de servicio público, y desde ella hizo una llamada a la oficina de la brigada. Pidió por el teniente Lynch. La inconfundible voz de su jefe sonó al otro extremo del hilo:

—Soy Lynch. Brigada del Vicio. ¿Quién llama?

—Soy yo, jefe. Sam. Deseo hacerle una pregunta. Sólo una.

—Adelante, Sam. ¿Qué pregunta es ésta?

—Los expertos en electrónica, ¿pueden saber de qué disco procede, exactamente, el fragmento hallado en el cuerpo de Ben Murphy?

—Bueno, no se me ocurrió preguntar tal cosa, pero sé algo al respecto por causa de otro asunto relacionado con un disco roto. Los expertos en electrónica pueden obtener cierta gama de sonidos del fragmento impreso, pese a que es muy pequeño, y reproducirlos en otra cinta o en otro disco. Facilitando esos sonidos a una computadora adecuadamente programada con gran número de melodías y piezas ya grabadas, cabe en lo posible que la máquina detecte la grabación original basándose en esa gama de cortos sonidos. Pero también cabe que no se saque nada en limpio, sobre

todo si la pieza en cuestión es lo bastante rara como para no poderla dar a la «memoria» de la computadora.

—Entiendo. ¿Se podría intentar?

—Sí. Se podría intentar. Hablaré con Homicidios al respecto. ¿Quiere el resultado, si lo hay?

—Desde luego. Le llamaré más adelante para saber cómo va el experimento.

—¿Ha descubierto algo, Sam?

—Virtualmente nada. Un hombre, amigo de Murphy, era el encargado de ir a recoger el paquete al aeropuerto. Creo que el conserje de noche desaparecido espió la conversación telefónica y se anticipó, ayudado por Barney Fox. Averigüen si había amistad entre Fox y el viejo Woods. Ahora, éste puede estar escondido, muerto de miedo, o haber muerto ya. Nuestro asesino es obvio que no se detiene ante muerte más o menos.

—¿Alguna información sobre el contenido de ese paquete?

—Poca. Al parecer, contenía una fotocopia de algún documento, una grabación magnetofónica y un número telefónico. Sospecho que Murphy tenía algo gordo entre manos y quiso sacar dinero con ello. En vez de dinero, el asesino le llevó la muerte. Había alguien extorsionado que reaccionó violentamente. Me pregunto por qué...

—Puede ser un asunto demasiado difícil para usted, Sam, especialmente ahora, que no pertenece siquiera a la policía... al menos momentáneamente.

—No se preocupe por mí, teniente. Seguiré hasta donde pueda. ¿Qué hay sobre el capitán Gargan?

—Nada bueno. Ha logrado persuadir a casi todo el mundo de que es usted un policía indigno, brutal y de métodos violentos, alguien a quien hay que extirpar del Cuerpo como se extrae un tumor. Son sus palabras. Otra cosa, Sam: se han negado a procesar a Saughnessy basándose solamente en la declaración de la chica, de Kim Mansfield.

—Maldito hatajo de estúpidos... ¿Va a dejar que metan a esa pobre muchacha en otro reformatorio? Yo le prometí ayuda...

—Creo que no la necesita. Han depositado su fianza. La pondremos en libertad dentro de un momento...

—¡No, cielos, eso no! —clamó Sam, angustiado—. ¡Si la sueltan a la calle, la matarán los esbirros de Saughnessy!

—No puedo retenerla, Sam. Legalmente carezco de recursos para obligarla a permanecer aquí, incluso aunque ella lo deseara... Un abogado vendrá a por ella...

—¿Se sabe quién pagó la fianza?

—Alguien cuyo nombre no me dice nada...

—Tiene que ser un esbirro de Saughnessy, teniente. No puede ser de otro modo, lo sé. En cuanto la tengan fuera de la estación policial será una víctima fácil de esos matones...

—¿Y qué diablos puedo hacer yo para evitarlo? —se lamentó Lynch.

—Lo que sea. Diga que ella le insultó y quiso pegarle cuando salía libre. Métala otra vez en la celda, al menos hasta que yo pueda recogerla. Iré hacia allá enseguida, teniente.

—¿Y qué hará luego con ella. Sam? Usted tiene su novia, su forma de vida. No puede andar por ahí con una menor las veinticuatro horas del día. Y ahora ni siquiera lleva armas...

—La llevaré si he de cuidar de ella —prometió Sam abruptamente.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Podemos expulsarle del Cuerpo por eso! ¡Ahora es un ciudadano cualquiera, no un policía!

—Correré el riesgo, teniente. Pero el que no correré por nada del mundo es el de ver muerta a esa pobre jovencita... cuyo único delito es trabajar como ratera desde que murieron sus padres y se quedó sola en el mundo.

—Sam, ¿olvida a su propia novia? Están a punto de casarse, ¿no? Esa chica, Kim, es muy jovencita para usted, pero también muy atractiva y llena de desparpajo. Ninguna mujer vería con buenos ojos que su novio fuese el ángel guardián de una chica así.

—Pues tendrá que aceptarlo, le guste o no. Haga lo que le pido, teniente. No le deje salir libre. ¿O quiere tener sobre su conciencia el asesinato de una adolescente?

—Váyase al diablo, Sam —refunfuñó su jefe—. Haré lo que pide. Pero no creo que pueda retenerla aquí más de cinco o seis horas...

—Será suficiente. Voy a hacer una visita más. Luego, quizá encuentre un camino por el que iniciar la búsqueda del asesino... Hasta más tarde, teniente.

Colgó, saliendo de la cabina. Cuando condujo hacia los peores barrios de Los Ángeles, su rostro aparecía ceñudo y ensombrecido.

Iba pensando en muchas cosas. Tal vez demasiadas.

Pensaba en Kim Mansfield, la ladronzuela de casi dieciocho años; en Elaine, su prometida. En Ben Murphy, asesinado en un hotelucho, con un trozo de viejo disco; en Barney Fox, otro truhán asesinado cuando llevaba consigo un misterioso paquete. Y también en Duke Saughnessy, de la mafia de Los Ángeles, cuyo mayor afán en estos momentos debía de ser la muerte de Kim, la muchachita que le robó las dosis de cocaína...

CAPÍTULO IV

Se llamaba Jennie King y era una camarera en un tugurio de Hill Street, en Long Beach. Podía ser joven, pero estaba prematuramente envejecida, y las mangas largas de su uniforme, cuando menos, ocultaban los pinchazos de sus brazos, la huella trágica de los narcóticos, las señales vergonzosas de la droga dura.

—Sí —dijo con voz triste, mirando a Sam con sus ojos grandes y apagados, rodeados por aquellas sombras profundas que ajaban su rostro sin lozanía, espectro penoso de quien fuera una muchacha sin duda atractiva, antes de que el alcohol, el tabaco excesivo, la marihuana luego y finalmente la morfina, fuesen arruinando una vida y un físico—. Vi al pobre Ben, justo dos días antes de aparecer muerto... Parecía entonces tan feliz, tan esperanzado en conseguir mucho dinero en breve tiempo...

Sam asintió, tomando por una mano a la camarera y haciéndola sentar a su lado. Sabía que ella daba al dinero un uso inadecuado, pero no podía evitar ayudarla, aunque fuese a matarse a sí misma. Puso en sus dedos unos billetes que ella recogió presurosa, con un destello de alegría en sus ojos. Un destello que duró muy poco.

—Toma, Jennie —dijo entre dientes Vaughan—. Ojalá lo uses bien, pero eso ya no es asunto mío. Dime, por favor, ¿puedes ayudarme a que encuentre al asesino de Ben?

—No, me temo que no, Sam. Si lo supiera, te lo diría.

Ben era raro y estaba lleno de defectos, pero no era mal chico. No me gustó que lo mataran de ese modo...

—A mí tampoco. Por eso estoy aquí, Jennie. Sabía que erais buenos amigos los dos. Esperaba alguna ayuda por tu parte.

—¿Y qué puedo decirte? —Se encogió de hombros—. Ben no se extendió en detalles. Sólo dijo que quizás pudiéramos irnos lejos un

tiempo, a vivir como personas y no como ratas. Pero él estaba lleno siempre de sueños. No creí demasiado en eso.

—No era un modo honesto de lograrlo, pero esta vez te equivocaste. Iba a lograrlo. Sólo que el asesino fue más listo que él. —Sam se mordió el labio inferior—. Dios, si supiera algo, por poco que fuera... Algo que me diese una pista, un leve rastro...

—La última vez que estuvo aquí, medio se embriagó. Parecía muy seguro de sí. Incluso se puso a cantar. Figúrate: él que tenía una voz horrible y tan mal oído... Pero cantó. Y varias veces. Cosa rara, siempre era la misma canción. Le pedí que no la cantara más, que era horrible y aburrida. Se limitó a reírse, dijo que una canción podía hacerle rico, y que cantaba porque ésa era, después de todo, una hermosa canción... Pero la verdad es que yo nunca la había oído antes, y sonaba a algo viejo, pasado de moda...

—Viejo —repitió Sam, sobresaltándose—. *Pasado de moda...* ¿Así sonaba la canción?

—Oh, sí. Era una de esas antiguas melodías dulzonas y románticas...

—¿De las que se grababan hace años en aquellos pesados discos de pasta dura? —sugirió Sam Vaughan con voz tensa.

—Pues sí, supongo que sí. Pero soy demasiado joven para haber conocido esa época, aunque no lo parezca —sonrió ella con amargura—. Lo cierto es que Ben nunca cantó en público. Y menos una cosa tan rara, tan anticuada...

—Una vieja canción olvidada... y dijo que esa canción podía hacerle rico.

—Sí, algo así comentó él. Absurdo, ¿no?

—En principio, sí. Me pregunto, Jennie... me pregunto si esa canción, en vez de hacerle rico... *le mató*.

—Oh, Sam, qué horrible idea... —Se estremeció ella—. ¿Por qué dices eso?

—No lo sé, Jennie. ¿Podrías reconocer esa canción si volvieras a oírla alguna vez?

—Sí, seguro —asintió vivamente ella—. La cantó al menos diez o doce veces. Creo que no podría olvidarla.

—Pero ¿te es posible tararearla?

—No, eso no. Sólo recuerdo que una parte de la letra hablaba de... de algo así como «recordar los viejos tiempos, recordar y

recordar... para no vivirlos jamás». Sí, seguro que decía eso.

—Vaya, Jennie, eso sí que es importante —rápido, Sam anotó esa letra en una servilleta de papel del bar, y se puso en pie, poniendo una mano en el hombro de la camarera—. Volveré, Jennie. Y quizás vuelva con esa canción...

Abandonó el local. En vez de dirigirse a donde pensaba, lo hizo directamente a una conocida firma discográfica de Los Ángeles. Allí, pidió ver a Susan Blake, jefe de relaciones públicas de la empresa grabadora, y ella misma ex cantante en cine y televisión, ya retirada como tal, pese a su juventud.

—¡Sam Vaughan! —exclamó la elegante y bella joven de cabellos castaño oscuros, ojos color café y facciones suaves, donde destacaba la línea breve de su nariz y el dibujo gordezuelo de sus labios—. ¿A qué se debe el honor de tener a la policía en nuestro negocio?

—Si te he de ser sincero, Susan, no soy ahora policía, oficialmente hablando —rió Vaughan, apretando las manos de la joven entre las suyas—. Sólo soy el ciudadano Sam Vaughan, visitando a una vieja amiga... la vieja amiga más joven de Los Ángeles.

Ambos rieron de buen grado. La joven le hizo sentar en una confortable butaca de la sala de visitas de la empresa. Cruzó sus piernas, permitiendo descubrir la perfección seductora de sus pantorrillas y del inicio de sus muslos.

—¿Has abandonado la policía, entonces? —quiso saber.

—No. Ella me ha abandonado a mí. —Sam soltó una seca carcajada—. De repente, los altos cargos y los politicastros se han sentido predicadores moralistas y desean que tratemos afectuosamente a asesinos, proxenetas y rufianes de toda laya, aunque vayan armados y quieran liquidarnos. Una campaña de buena imagen policial, cara a las elecciones y todo eso. Yo soy una de las víctimas momentáneas. Pero quizás lo sea de modo definitivo, si deciden considerarme indeseable.

—Entonces, sólo vienes como amigo... —se animó el semblante de ella—. Eso ya es algo, Sam. Hubo un tiempo en que nos veíamos con frecuencia. Luego supe que te habías prometido e ibas a casarte, y comprendí que toda esperanza estaba perdida...

—Bueno, aún no me he casado. Pero lo haré dentro de pocas

semanas. Sin embargo, no te hagas demasiadas ilusiones, querida. No sólo he venido a recordar viejos tiempos. Estoy aquí como policía, aunque sea de modo oficioso.

—Oh, no —se lamentó ella—. De modo que ni siquiera puedo esperar a un buen amigo sin que exista de por medio alguna razón profesional...

—Lo siento, Susan. Después de todo, tú también ibas a casarte, lo recuerdo.

—Pero no me casé por fin. Él era un hombre poco de fiar y lo descubrí a tiempo. Me va bien sola. Este trabajo me gusta, ahora que ya no canto —le miró pensativa—. Bien, Sam, dime a qué vienes. ¿Algo relacionado con la música?

—Evidente, ¿no? Ése es tu trabajo habitual —sonrió Sam—. ¿Qué te dice algo así como «*Recordar los viejos tiempos, recordar y recordar... para no vivirlos jamás*»?

Ella enarcó las cejas, mirándole con total perplejidad en el gesto. Meneó la cabeza al fin, en sentido negativo.

—Creo que nada o casi nada. Muchas canciones dicen cosas parecidas, pero esa letra no me trae ninguna idea concreta. ¿Recuerdas la música?

—No. No la sé en absoluto. Sólo esa parte de la letra.

—¿Es importante para ti?

—Puede serlo, sí. Dos hombres han muerto, en relación con esa canción.

—Dios mío... —Los ojos de ella se abrieron enormemente—. ¿Tan grave es?

—Sí, Susan. Sé que era demasiado esperar que conocieras una canción por ese simple fragmento. Además, parece ser una vieja canción. Muy vieja, de cuando se grababan los discos en pasta dura.

—Demasiado tiempo, Sam. Será difícil dar con ella, si no hay más datos. Como intérprete, música, empresa editora... Es seguro que ni siquiera exista ya la firma discográfica que lo grabó. ¿Qué ayuda esperas que pueda prestarte?

—No lo sé. Pero tú puede que conozcas a alguien, a algún discófilo, a un aficionado a viejos temas, a una discoteca especializada... Si encontrases algo, te agradecería me llamasen a casa. A mi actual casa, naturalmente. Cuando me case, cambiaré de alojamiento, pero faltan aún unas semanas. —Puso una tarjeta en

manos de Susan Blake—. Aquí tienes mi número. ¿Me harás el favor, si te es posible?

—Cuenta con ello, Sam —suspiró ella con dulce sonrisa. Se puso en pie y le miró con intensidad—. Aunque no me gusta la idea de saberte casado... te deseo suerte, Sam querido.

—Gracias, Susan. Ojalá sea así —se inclinó hacia ella. La besó en la mejilla.

Susan le respondió buscando sus labios, donde devolvió el beso largamente. Al retirarse, los ojos de la joven brillaban excitados.

—Hasta pronto. Sam —se despidió ella—. Te avisaré en cuanto sepa algo.

* * *

Louise Kenton era casi tan hermosa como su hija Elaine. En cierto modo, lo era más aún, puesto que a los veintidós años de Elaine, ella enfrentaba sus generosos cuarenta, pasados ya algún tiempo atrás. Pero su belleza serena, su porte majestuoso, su elegancia natural y la esbeltez de su línea, en la que ni siquiera el erguido y duro seno y las redondas caderas cedían en lozanía a la línea estilizada y perfecta de sus piernas.

Pero Elaine iba a ser la esposa de Sam Vaughan, y Louise simplemente su suegra. Ahí estaba la gran diferencia para el joven policía. Veía la hermosura indiscutible de su futura madre política, admiraba sus encantos físicos como su carácter y sus modales de gran dama, pero sin otro sentimiento que el de la relación familiar que iba a producirse muy en breve. Estaba, pues, al margen de todo interés varonil en la viuda señora Kenton, cuyo esposo muriera años atrás en un desgraciado accidente de caza. Pero le resultaba muy agradable saber que iba a tener una esposa bellísima y una suegra que no le iría a la zaga.

Sin embargo, en esta fugaz visita que hacía a ambas mujeres, antes de dirigirse a rescatar a Kim Mansfield de entre los presos de la estación policial para evitar que los tentáculos de Saughnessy y su gente cayeran sobre la raterilla menor de edad, las cosas no iban bien para Sam y sus relaciones amorosas. Nada bien, en realidad.

—¡Otra vez, Sam! —se quejaba amargamente Elaine, con un duro tono de reproche en su voz, los verdes ojos centelleantes, fijos

en su prometido—. ¡Otra vez con tus violencias innecesarias, que ponen en peligro tu carrera!

—Elaine, no has comprendido el problema —suspiró Vaughan apaciblemente, mirando distraído los retratos familiares sobre una repisa—. Esa gente no puede ser tratada con guante blanco. No sólo los granujas tienen sus derechos. También la gente honrada. Pero patean a ésta sin piedad, y luego reclaman para sí toda clase de trato amable.

—La policía exige buenos modales a sus agentes, ¿no? —replicó Elaine—. Tú sabes que no puedes pegar brutalmente a un hombre.

—¿Y él si puede clavarme una navaja en el vientre o abrirme la cabeza con una barra de hierro?

—Conocías esos riesgos cuando aceptaste la profesión que ejerces, Sam. Y sabes también tus obligaciones para con el Cuerpo. ¿Es que quieres que esté casada con un hombre sin trabajo, expulsado de la policía por malos tratos a detenidos?

—Escucha, Elaine, aún no me han expulsado. Tengo derecho a defenderme ante un tribunal de ética de la propia policía. Ellos han de ser quienes juzguen. De momento, es sólo la denuncia de unos rufianes que pretendían asesinarme para que no les echara la mano encima. Tuve que pelear por mi vida, Elaine. Y en esos momentos, no se miden demasiado los golpes, ante una navaja capaz de rebanarle a uno el cuello de lado a lado. Además, el tipo se golpeó al caer, yo no le pegué más que en defensa propia.

—¿Y por eso te han quitado arma y credencial? —dudó Elaine.

—Está bien, admito que soy algo rudo. No soporto a esa gentuza que se escuda en las leyes sólo para proteger su físico y para dañar a un policía honesto.

—Eso es un modo de pensar fascista, Sam —se quejó Elaine.

—¡Y un cuerno! —Se irritó Vaughan. Luego recapacitó—. Perdona, querida. Estamos agriando esta discusión sin motivo...

—Tu futuro esposo tiene razón, querida —terció la voz suave, casi aterciopelada, de Louise Kenton, su madre, desde la puerta del *living*—. Eso es, simplemente, luchar por los demás, defender a la sociedad exponiendo la piel. Es justo que no desee que se la arranquen a tiras.

—Oh, no, mamá —se quejó Elaine amargamente—. ¿Es que vas a ponerte tú de su lado ahora?

—¿Por qué no? —Ella entró con su habitual paso altivo y sereno en la estancia, dirigiendo una sonrisa a su futuro yerno—. Sam, he escuchado sin querer lo que discutíais. No me gusta oír tras las puertas. Lo que ocurre es que hablabais muy alto...

—No hay motivo para guardar secretos con vosotras —suspiró Sam—. Ahora ya sabes lo que sucede: tu hija tiene por marido futuro a un policía cabezota y torpe, que se mete en líos innecesarios, ésa es la verdad.

—No, Sam, ésa no es la verdad y tú lo sabes —ella le miró con aquellos fascinantes ojos suyos, de un pardo verdoso, semejante al de su hija, con el cabello peinado con sencillez, destacando su tono suavemente claro, entre el castaño y el rubio, en tonalidades dorado oscuras—. Comprendo que cuando te ves en problemas, te portes duramente con las gentes del hampa. Si no lo hicieras, ya te hubieran eliminado hace tiempo. Estoy segura de que saldrás de este lío lo mejor posible. Pero ocurra lo que ocurra, no cambiaré mi modo de pensar hacia ti.

—Gracias, Louise —sonrió Sam, aliviado. Luego miró a Elaine arrugando el ceño—. ¿Lo ves? Deberías aprender de tu madre. Ella, al menos, es comprensiva.

—¿Qué quieres? ¿Una esposa comprensiva que se pase toda la vida consolándote por no tener trabajo?

—Eres cruel sin necesidad, Elaine —la reprendió su madre—. Sam puede trabajar en otra cosa aunque le expulsaran de la policía. No es ningún patán ignorante.

—Oh, mamá, ya basta —se irritó la muchacha—. ¿Crees que Sam admitiría, con su orgullo, que tú le dieras un empleo en tus negocios, pongamos por caso?

—No he pensado jamás en eso —confesó su bella madre enarcando las finas cejas con cierta perplejidad. Luego sonrió, guiñando un ojo a Vaughan—. Pero si él quiere convertirse en empleado mío, tampoco le haré ascos. Sé que es un hombre honrado y trabajador. Y además, inteligente y astuto como pocos. No hay muchos así en el mundo actual, querida.

—Estás insoportable, mamá. Tu modo de comportarte sólo da alientos a Sam para seguir cometiendo errores en la policía. Y sabes bien que él nunca trabajaría contigo, porque se consideraría ofendido por ello, como si le dieras una limosna para mantenerme a

mí con dignidad.

—En eso, tu hija tiene razón —dijo Vaughan meneando la cabeza negativamente—. Yo no me veo, la verdad, trabajando para ti cuando sea tu yerno, ni creo que la gente lo viera bien. Me considerarían lo más parecido a un parásito. Nuestro convenio fue, como sabes, que Elaine y yo nos defenderíamos con mi trabajo y mis ingresos en todo momento, al margen de tu vida de negocios, Louise. Por otro lado, no me gusta la idea de trabajar para las damas en tu cadena de peluquerías y salas de estética femenina...

—Está bien, como quieras —rió su futura suegra—. Pero sé que tendrás todo el trabajo que quieras en cualquier parte. Eso, suponiendo que llegues a ser baja en el Cuerpo, cosa que no creo en absoluto. Ellos saben que vales mucho, y eso basta.

—No conoces bien al nuevo inquisidor, el capitán Gargan, de Asuntos Internos —resopló Sam—. Es todo un monolito a la hora de enfrentarse a posibles infractores de la ética policial.

—Creo que si tratas de contener tus ímpetus en futuras ocasiones, tal vez logres salvar este escollo —juzgó Elaine, más suavizada ya—. ¿Vas a quedarte con nosotras a cenar, Sam?

—No puedo. Esta misma tarde debo hacerme cargo de un asunto en la estación de policía.

—Creí que estabas suspendido de empleo y sueldo... —Frunció el ceño Elaine.

—No, nada de eso. Lo estoy de modo aparente. El jefe me ha pedido colaboración oficiosa en un feo asunto de asesinato.

—¿Asesinato? —se sorprendió la madre de Elaine—. Creí que te ocupabas sólo del vicio...

—Así es. Pero éste es un caso especial, que puede tener connotaciones diversas. Además, la víctima era un viejo conocido, uno de nuestros habituales confidentes, un granuja de los bajos fondos que trabajaba para mí con frecuencia. Era un bribón redomado y sin escrúpulos, pero me hacía falta. Y en ningún caso merecía morir como murió. Alguien le degolló con un arma extraña: un trozo de viejo disco de setenta y ocho revoluciones.

—Cielos, qué extraño modo de matar... —Se estremeció Louise, y su hija abrió enormemente los ojos pardos y profundos—. ¿Y eso se relaciona con el vicio de alguna forma?

—Es posible. Murphy, que es la víctima, era drogadicto y a veces

se ganaba unos dólares distribuyendo narcóticos en las calles a clientes fijos. Habrá que buscar en todo esto hasta el fondo. Bien, no voy a molestaros más. Ya os dije que tengo mucho por hacer todavía, y poco tiempo disponible.

—Sam, ¿cuándo nos veremos, entonces? —se lamentó Elaine—. Si no fuera porque sé que solamente los asuntos policiales te tienen alejado de mí, empezaría a sentir celos y pensar que no estás a gusto a mi lado...

—¡Qué tontería! —rió Sam, rodeándola con un brazo y besando sus labios—. Sabes que eso no tendría sentido. Mi único cariño en la vida eres tú, Elaine querida...

Se besaron de nuevo. Luego, Sam se apartó, mirando su reloj. Estaba impaciente por recoger a Kim de la celda, pero no podía revelarle a Elaine que iba a recoger a una ladronzuela de dieciocho años, tan bonita como embaucadora. Eso, su prometida no lo hubiera entendido.

—Te llamaré más tarde —prometió—. Seguramente mañana podremos ir por ahí a alguna parte, si todo va bien.

—Estaré esperando tu llamada —musitó ella, acompañándole a la salida.

—Hasta mañana entonces, Sam —sonrió su futura suegra, tendiéndole su mano suave, pálida y discretamente enjoyada—. Y ten confianza en que todo irá bien.

—Gracias, Louise —suspiró el joven policía, inclinándose al estrechar la mano de la dama—. Hasta mañana. Me han hecho mucho bien tus palabras.

Abandonó la elegante residencia de las dos mujeres en la mejor zona residencial de Bel Air. Poco después, dirigía su coche hacia la estación policial.

Cuando llegó a ella, supo que era tarde. Y un frío glacial heló su sangre en las venas.

CAPÍTULO V

—Lo siento, Sam. No pude evitarlo. Ella se fue.

—¡Se fue! —Pálido, Sam Vaughan miró la celda vacía, el recibo firmado por la muchacha, Kim Mansfield, y luego finalmente al sargento Lamont, encargado de los detenidos en ausencia de su jefe, el teniente Lynch—. ¡Pero si el teniente prometió retenerla hasta mi llegada!

—Lo sé. Hice cuanto pude. Pero legalmente, y al ausentarse el teniente, me fue imposible seguir reteniéndola por más tiempo. Han pagado su fianza, ella lo supo, y exigió ser puesta en libertad de inmediato. Armó un buen jaleo aquí dentro, nos amenazó con exigirnos daños y perjuicios por retención ilegal, y el teniente Winters se asustó, diciéndome que era mejor dejarla ir, o mañana los periódicos nos pondrían de vuelta y media. Eso, después de su feo asunto con la gente de Saughnessy y la denuncia de malos tratos, podía ser fatal para el Departamento, y decidimos dejar ir a la chica.

—Esa maldita mocosa no tiene ni idea de la clase de lío en que está metida —refunfuñó airadamente Sam—. ¿Cuándo sucedió todo eso?

—No hace aún diez minutos, Sam. Es posible que tenga suerte y puede aún dar con ella. ¿Quiere una patrulla para ayudarle?

—No, no. Si le han echado la zarpa encima, ni cien patrullas la salvarán ya —dijo Vaughan rudamente, encajando las mandíbulas—. Yo me encargaré de encontrarla.

—Cuidado, Sam —le avisó el sargento—. Recuerde que ahora no lleva arma...

—Pero tengo esto —enarboló sus puños con expresión furiosa—. Espero que me basten.

Salió disparado hacia la calle. Estaba en camino ya de la salida de la estación policial, cuando el agudo grito de mujer le llegó desde el exterior.

—¡Kim! —rugió—. ¡Es ella!

Y se precipitó a la carrera, salvando los escalones de bajada de tres en tres.

* * *

Inicialmente, no descubrió nada ni a nadie. En la calle, todo era aparente normalidad. Pero el grito femenino se repitió en alguna parte. Observó que unos transeúntes miraban hacia una de las calles laterales del edificio policial. Y no vaciló.

Se precipitó hacia esa esquina sin pérdida de tiempo, lamentando no sentir en su axila la confortable rigidez metálica de su arma reglamentaria. Pero ya no había ocasión de arreglar ese problema. Ni tiempo alguno para dudar. Posiblemente la vida de Kim estaba en juego en estos momentos.

Alcanzó el callejón lateral. Bastó una ojeada para comprender la situación en toda su magnitud. Sam Vaughan se lanzó como un bólido hacia el punto de la calle donde se hallaba aparcado el automóvil color café, donde a viva fuerza intentaban introducir a una muchacha pelirroja, endiabladamente ágil y combativa, entre tres hombres fornidos, que juraban entre dientes, furiosos, a cada mordisco, patadón o codazo de su víctima que llegaba a su objetivo. Otro hombre, sentado al volante, mostraba su impaciencia por terminar cuanto antes la maniobra.

—¡Kim! —rugió Sam—. ¡Resiste, que ya voy, maldita sea! ¡Esos bastardos van a sentir lo que hacen!

Ellos se volvieron, desconcertados. Kim aprovechó el momento para meter un seco puntapié a un tipo en plenos órganos genitales, haciéndole aullar como un perro apaleado, y clavar el codo a otro en el hígado, lanzándole contra el coche aparcado. Sam observó que el tercer individuo buscaba con rapidez algo bajo su chaqueta de cuero. Antes de que sacara la mano, supo que iba a ver un revólver en ella. Era un 38 negro, pavonado, capaz de volarle los sesos a aquella distancia.

—¡Fuera, puerco, o te convierto en un colador! —rugió el tipo

armado.

Sam se arrojó de bruces al suelo y tomó un cubo de basura cercano, lanzándolo simultáneamente sobre los facinerosos. Los desperdicios llovieron sobre ellos, la tapa de goma maciza batió contra una cabeza, y el cubo golpeó a otro, rebotando luego en el automóvil.

—¡Por todos los diablos, vámonos de aquí lo antes posible! — oyó gritar al chófer—. ¡Ese tipo es un detective de la Brigada del Vicio, le conozco bien! ¡Y es capaz de rompernos los huesos a todos!

—Lo dudo —rió el tipo del revólver, rehaciéndose—. Le voy a borrar de la cara esa estúpida mueca de suficiencia...

Y tal vez lo hubiera hecho, porque Sam no tenía ya otros medios para impedirle disparar. Entonces entró en juego la asombrosa agilidad de Kim, que luchando parecía más un muchacho que una mujer. Al ver ella el revólver en la mano del rufián, se limitó a arrojarle sobre él como un gato furioso, pegándole un zarpazo en pleno rostro, al tiempo que le metía la rodilla en los testículos. Pudo haber sufrido los efectos del disparo, porque el revólver tronó en la calle y la bala silbó cerca de la pelirroja cabeza de Kim y ya bastante más lejos del cuerpo, tendido en el asfalto, de Sam Vaughan.

—¡Cuidado, Kim, no hagas locuras! —avisó él, incorporándose y corriendo hacia el lugar de la pelea.

Los otros dos tipos, tambaleantes, salieron a cruzarse en su camino, mientras el del revólver, tras los dos golpes de Kim, perdía el arma, aullando desesperadamente y aferrándose sus órganos dañados con expresión de terrible dolor. El revólver rebotó en el suelo, cuando Sam disparaba sus puños contra los dos tipos, logrando dar alcance a uno y siendo parado por el otro. En justa réplica, sintió que algo estallaba en su boca, y ésta se le llenó de sangre al partirsele el labio cuando los nudillos del tipo le alcanzaron. Luego, de soslayo, captó un centelleo y el chasquido de un resorte hizo asomar la rígida lengua de acero punzante de una navaja automática.

No dudó. La presencia del arma blanca le enfureció. Y un hombre duro, como Sam Vaughan, era peligroso cuando se irritaba. Los hampones pronto pudieron experimentarlo en su propia carne. Vaughan disparó de nuevo sus puños contra ellos. Alcanzó a uno de

ellos, el de la navaja, en plena sien. El tipo vaciló, medio *groggy*. Pero Sam ya no tenía piedad alguna de sus adversarios. Mientras el que le había roto el labio con su impacto recibía un fulminante directo que le arrojaba contra la pared, se revolvió de nuevo hacia el tipo del arma blanca y aferró su muñeca con una mano de hierro, mientras la otra seguía golpeando y golpeando en su rostro, hasta hacerle sangrar por boca y nariz copiosamente.

El coche color café se puso en marcha. El que perdiera el revólver se lanzó dentro del mismo, jurando con rabia, y Kim corrió en ayuda de Sam Vaughan, resuelta a colaborar con él en la batalla.

Pero ya no hacía demasiada falta. Los dos enemigos de Sam yacían en el suelo, ensangrentados y aturdidos. Tuvieron el tiempo justo para correr hacia el coche que arrancaba, metiéndose en él a duras penas, antes de que su velocidad se hiciese mayor y desapareciera en la esquina final del callejón, cerrándose sus portezuelas apuradamente.

Vaughan se inclinó, jadeante, sujetó con un brazo a Kim, y la otra mano, con rapidez, tomó el arma caída en el suelo, el revólver disparado una vez por su adversario, ocultándolo con rapidez en su chaqueta. Momentos después, varios agentes uniformados, procedentes de la cercana estación de policía, irrumpían en el pasaje, descubriendo que era tarde para ayudar a Vaughan, quien con su boca cubierta de sangre y los nudillos desollados, contempló a sus compañeros con un rictus sardónico.

—Un poco tardíos, muchachos —rió burlón—. Ahora nadie podrá acusarme de brutalidad. Ellos iban armados, pero recibieron lo suyo. E impedí que raptaran a una mujer. Pero sólo a título de ciudadano particular, no como policía en ejercicio, recordádselo al capitán Gargan si hace preguntas sobre esto. ¿Vamos, Kim?

—Estás herido en la boca. Sangras como un cerdo... —señaló ella.

—Se me pasará. Éstos son policías, preciosa, no médicos —rió Sam—. Vamos de aquí. Y recuerda que de esto tienes tú la culpa, bribona.

—¿Yo? —se escandalizó Kim, abriendo mucho los ojos—. ¿Por qué?

—Te largaste de ahí sin esperarme. ¿Adónde creías que ibas? Esos tipos te hubieran enviado al fondo del mar sin muchos

escrúpulos, con tal de taparte la boca... Prometiste ayudarme. ¿Es así como crees hacerlo?

—Lo siento —se disculpó ella, rehuyendo mirarle—. No me gustan las cárceles. Cuando supe que me habían pagado la fianza, quise salir para esperarte en alguna parte que no fuese entre rejas.

—Un grave error, Kim. Ellos mismos pagaron esa fianza a través de algún sucio picapleitos. Era su medio de sacarte de ahí, por orden de Saughnessy y deshacerse de tan molesto testigo.

—Oh, Dios... —La traviesa bribona ocultó el rostro entre sus manos—. No pude imaginarlo... Debes considerarme una gran estúpida...

—No. Sólo una pequeña estúpida. Pero es mejor que ser una estúpida muerta...

—Muy amable —le miró iracunda—. ¿Siempre te portas igual con las mujeres?

—Bah —se encogió de hombros Sam—. Ni siquiera eres aún una mujer. Sólo una mocosa metida a bribona. En marcha, antes de que me desangre por la boca.

—Sólo por lo que has dicho, deberías perder hasta la última gota —se enfureció ella—. Recuerda que tengo dieciocho años y soy muy mujer. ¿Te lo demuestro cuando tú quieras, Sam?

—Vaya, Sam, hiciste una conquista —rió un patrullero, guiñándole un ojo—. La verdad es que la chica es bastante bonita y tiene un buen tipo...

—¿Ves? Todo el mundo ve mis encantos excepto tú —gruñó ella, airada.

—Anda, déjate de tonterías y vamos ya —tiró de su brazo, irritado, alejándola del callejón—. Además de limpiarme esta boca maldita, tengo que hacer algo contigo.

—¿De veras? —rió Kim, colgándose de él alegremente—. Eso ya está mejor, querido Sam...

—Eh, no te pases, encanto —cortó él, escupiendo un coágulo sanguinolento—. Hablo en el buen sentido. No me siento corruptor de menores.

—¡Cerdo polizante! —rezongó ella, mientras reían los policías—. ¿Tan viejo te sientes al lado de una chica joven?

Sam rió, sin decir nada, llevándose colgada de su brazo a la enfurecida Kim. Poco después, ya lavada su boca y cosido un punto

en su labio partido, pugnaba Sam por cenar algo, sentado frente a Kim Mansfield, que en cambio mostraba un excelente apetito ante su plato combinado y su vaso de leche, mientras él apenas si podía masticar y debía recurrir a líquidos para alimentarse.

Su mesa, en un rincón de un *snack* no demasiado concurrido, era discreta y lejos de todo ventanal que pudiera servir de fácil atalaya a los hombres de Saughnessy, sin duda dispersos ahora por Los Ángeles, en busca de los dos, tras el fracaso de su intento de secuestro junto a la estación de policía.

—De modo que estás en problemas con tus superiores... —comentó Kim, tras escuchar las palabras de su compañero.

—Algo parecido. No es la primera vez, pero ahora puede resultar más difícil.

—¿Por eso te quedaste con el revólver de aquel tipo?

—¿Te diste cuenta? —Sam la miró, pensativo.

—Claro —sonrió ella—. No se me escapan muchas cosas, Sam.

—Empiezo a creerlo, Kim. Sí, por eso me quedé con el arma. Ese tipo no va a reclamarla, seguro. Y yo voy desarmado por esta jungla que es la ciudad. No me gusta pensar que pueden freírme a tiros sin posibilidad de defensa.

—Pero si te atacan y matas a alguno con esa arma, te vas a complicar más las cosas.

—Seguro. Si me matan, se acaban las complicaciones. Prefiero estar complicado.

—Eres increíble —rió suavemente la muchacha—. ¿Te vas a meter en líos por mí?

—Te prometí ayuda. No puedo dejarte sola en medio del embrollo.

—¿Tienes algún sitio donde esconderme?

—Es posible —asintió Sam—. Pero no te sientas culpable de nada. Tú no eres mi único problema actual.

—¿No? —Enarcó sus cejas color cobre—. ¿Qué más hay? ¿No puedo saberlo?

—Importa poco que lo sepas o no —suspiró Sam Vaughan—. Después de todo, si somos amigos ahora, quizás sea bueno que hable de mis problemas contigo. Pero si te asustan los asesinatos y todo eso, será mejor que me calle...

—No, no. Me apasionan esas cosas, puedes creerme —se animó

ella, mirándole fascinada—. Asesinatos, investigaciones, misterio... Como en el cine y en la televisión, Sam.

—Mucho menos fotogénico, sin duda. Ver un cadáver en la vida real es algo sórdido y repugnante. En el cine y la televisión, acostumbra a tener un aire dramático y fantástico que en la realidad no posee. Pero de todos modos, te lo contaré, para que veas que las cosas no son como imagina tu cabecita loca de adolescente...

Y narró la historia de la muerte de Ben Murphy y de Barney Fox, con el enigmático hecho del fragmento de viejo disco usado en ambos casos para matar.

Kim Mansfield, como hipnotizada, escuchó hasta el fin, olvidándose de su cena, apoyada la cabeza en ambas manos. Al terminar, hubo un prolongado silencio. Luego, la muchacha resopló, meneando la cabeza.

—¡Vaya historia! —murmuró—. Es fascinante, Sam...

—¿Fascinante? —Vaughan arrugó el ceño—. Es horrible, chiquilla. Ni siquiera sé por dónde empezar la investigación. Todo suena a absurdo. ¿Tiene alguna relación el disco roto con el crimen? ¿Qué contenía el paquete que retiró Fox del aeropuerto? ¿Dónde está ahora el conserje del Hotel Eastern? ¿Quién utilizó una placa de matrícula de coche que no existe en California? ¿En qué embrollo siniestro se metió Ben Murphy para ser asesinado de ese modo en un sucio hotel de mala nota?

—Sí, admito que muchas cosas resultan difíciles de encajar —convino ella, pensativa—. Pero yo podría ayudarte...

—¿Tú? —Sam la miró como si hubiera oído mal—. ¿Hablas en serio?

—Claro —ella arrugó el ceño en un mohín de enfado—. ¿Lo dudas acaso?

—No, no. Pero ignoro cómo podrías ayudarme tú en un asunto tan raro...

—Por lo que veo, estás buscando un determinado disco de hace muchos años, ¿no? Uno de esos latazos grandes y duros que no hay quien escuche hoy en día, vamos.

—Sí, creo que traducido de tu lenguaje al normal, es algo así —convino Sam, irónico.

—Pues bien: yo conozco a la persona que puede encontrarte ese

disco en un momento.

—¿De veras? —Vaughan casi dio un respingo, aunque en el fondo desconfiando mucho de las palabras—. Mira. Kim, no es nada fácil encontrar un disco solamente mediante un fragmento de la letra, cuando la canción se grabó posiblemente hace ya cuarenta años...

—No importa, Sam. Cecil Davenport, el viejo Cecy, como le llamamos cariñosamente los amigos, seguro que da con él en cuanto le menciones la letra. Es el mayor y mejor discófilo de California, y posiblemente, de todo el país.

—Cielos, Kim, si eso es cierto te merecerías un monumento. ¿Y cuándo podríamos ir a verle?

—¿Cuándo? —Ella se encogió de hombros—. Ahora mismo, si quieres.

CAPÍTULO VI

Era un lugar asombroso. Casi increíble.

Sam Vaughan parpadeó, desconcertado, cuando la puerta se abrió, tras identificarse Kim a la persona que atendió la llamada. Un espectáculo irreal, casi fantástico, se presentó ante sus asombrados ojos.

Una especie de cortina de flecos ambarinos, ruidosos al entrechocar entre sí, daba paso a unas escalerillas descendentes que conducían a una especie de sotabanco decorado con inverosímiles pósters de otro tiempo, cinematográficos o musicales, desde vetustas fotografías o dibujos publicitarios de Fred Astaire, Ginger Rogers. Al Johnson o Rubee Kelly, hasta afiches de películas como «La Calle 42» o «El Gran Ziegfeld», pasando por temas más modernos igualmente plasmados en pósters y carteles de propaganda más o menos artísticos, con «estrellas» del musical a semejanza de Judy Garland, Nelson Eddy y Jeannette McDonald, sin faltar grandes del jazz como Dizzie Gillespie, Louis Armstrong o el fabuloso «Fats» Dómino. En suma, una auténtica galería de monstruos de la música en el disco y en el cine.

Lámparas japonesas o de pantallas coloreadas y con flecos, a la usanza de los años veinte, se alternaban para dar una luz tenue, casi aterciopelada, a ciertas zonas del recinto, dejando el resto en penumbras. Aquí y allá, viejos modelos fonográficos, auténticas piezas de museo en su género, lucían brillantes, con su madera bien pulimentada y sus partes metálicas convenientemente lustradas.

Un juego oculto de altavoces, emitía sin cesar música de fondo, compuesta en su totalidad, según fue advirtiéndolo Sam, por viejas melodías, canciones olvidadas, voces del pasado, en suma, una verdadera evocación de tiempos idos mucho atrás.

El personaje que se movía en aquel ambiente asombroso, en medio de tanta fotografía y dibujo evocador, entre inmensas estanterías repletas de discos viejos y de grabaciones probablemente únicas en todo el mundo, era tan sorprendente como el propio lugar. Cecil Davenport mismo era una especie de fósil viviente, atado a su obsesión por coleccionar rancias melodías y antiguas canciones, como una pieza más de tan extraño museo.

Pequeño, encorvado, flaco y apergaminado, de cabellos muy blancos y largos, una vieja chaqueta de solapas de terciopelo raído, botines impecables, de charol negro y blancas polainas, una flor ajada en el ojal y una sonrisa perenne y distraída en sus labios, deambulaba por aquel escenario como un ser perfectamente ajustado al clima allí reinante. Hubiérase dicho que él mismo era una de tantas antiguallas como allí se hacinaban. Era probable que no tuviera un dólar, que toda su fortuna en el mundo fuese aquella discoteca asombrosa. Pero eso, sin duda, era todo para él: su felicidad completa, en suma.

Sonrió afablemente a Kim y le guiñó un ojo, antes de prestar la menor atención a su visitante. Sus palabras fueron reveladoras para el joven policía:

—Hola, pequeña. Me alegra verte. No pasabas por aquí desde que me trajiste aquellos viejos discos tan valiosos para mí... ¿Has conseguido alguno más hoy?

—No, no, tío Cecil —negó ella suavemente—. No es tan fácil encontrar cosas así hoy en día...

Davenport asintió con un suspiro, haciéndoles pasar a su reino musical. En voz baja, Sam le reprochó a su joven acompañante:

—¡Bribona! Debí imaginarlo. Aquellos discos robados de la discoteca de la CBS... Tú estabas por allí entonces...

—Oh, Sam, no te pongas ahora tonto —se lamentó ella—. La CBS tenía duplicados de todas esas grabaciones en cintas magnetofónicas, y el viejo tío Cecil no...

—Eres incorregible, ladronzuela —se irritó Sam.

Ella, sin hacerle caso, expuso a Davenport el motivo de su visita:

—Este amigo mío tiene un asunto entre manos. Es importante, tío Cecil. Pero para ello necesita saber de cierto disco... Una grabación muy especial, al parecer.

—¿De veras, joven? —Davenport le miró, como si le extrañase

que un hombre de la nueva generación pudiera tener interés alguno en semejantes cosas—. ¿Acaso es usted compositor, cantante?

Sam iba a responder con la verdad, cuando Kim se le anticipó rápida, exponiendo vivamente:

—Escritor... Sam es escritor de la columna musical de una nueva publicación discográfica... Su empleo depende, quizás, de que pueda comentar ese disco precisamente, y todo lo relacionado con él.

—Comprendo, comprendo. —Davenport miró casi afectuosamente a su joven visitante—. Hijo, son malos tiempos para ocuparse de la buena, de la vieja música, cuando el disco era algo más que lanzar un producto al mercado, como quien fabrica salchichas o un detergente. Eran otros tiempos aquéllos. Había clase, profesionalidad, romanticismo... Bien, hijo, ¿de qué disco se trata?

Sam Vaughan meneó la cabeza con desaliento. Los altavoces del local estaban emitiendo música de un viejo film de Busby Berkeley.

—Verá, señor Davenport, no cuento con mucho, la verdad... —confesó—. Ni sé el título, ni el autor ni su editor. Sólo sé que es un viejo disco de setenta y ocho revoluciones por minuto, y que una de sus estrofas es algo así como «Recordar los viejos tiempos, recordar, recordar... para no vivirlos jamás».

Se detuvo, seguro de que ni aquel archivo viviente que era «tío Cecil» podría sacarle del apuro. El viejo comenzó a canturrear para sí, repitiendo la frase:

—«Recordar los viejos tiempos, recordar y recordar... para no vivirlos jamás...» —paseó por la estancia, haciendo movimientos con las manos, como si dirigiese una invisible orquesta. Se paró en seco, sonrió y se volvió hacia Sam—. Sencillo, hijo. Muy sencillo.

—¿De veras? —Se estremeció Sam, cambiando una mirada con Kim.

—Claro. «Melancoly». Editado en 1938 por Barry K. Laverne Editores. Cantado por una niña prodigio de entonces, Louella Landers. Espere.

Con toda sencillez, mientras Sam anotaba febrilmente los datos, el viejo Davenport caminó hasta una cierta zona de estanterías, subió a una pequeña escalera metálica, rebuscó con dedos sarmentosos, y extrajo un viejo disco de pasta dura, en funda de

papel *beige* oscuro, perforado circularmente en su centro, y lo tendió a Sam, antes de quitar la melodía que sonaba de un tocadiscos, y poner el disco en cuestión bajo la aguja. Poco después, sonaba la vieja canción en la estancia, con una gangosa voz infantil canturreando la tonadilla. La niña de entonces, recitó sobre la música, en cierto momento: «Recordar los viejos tiempos, recordar y recordar... para no vivirlos jamás». Sam pegó un respingo. Apretó el brazo de Kim Mansfield significativamente.

—¡Es ése! —jadeó—. Ése es el disco, Kim. Lo lograste...

—Ya te lo dije —suspiró modestamente la chica—. Tío Cecil es único...

Sam asintió, al terminar la reproducción fonográfica. Fue hacia Davenport.

—¿Puede prestarme ese disco o hacer una copia de él? —solicitó—. Es muy importante, puede creermelo, tío Cecil.

—Eso me parece advertir —el viejo le contempló, pensativo—. Le voy a confiar el disco. Saque una copia y devuélvame, por favor.

—Cuenta con ello. No se lo perdería por nada del mundo, palabra... —Amorosamente. Sam guardó el disco en sus manos y miró agradecido a Davenport—. ¿Cómo puedo pagarle...?

—Oh, de ninguna forma —meneó el viejo la cabeza—. Si tiene alguna ocasión para facilitarme un viejo disco, hágalo. Sería el mejor premio. Para un policía no debe ser difícil conseguir alguno, ¿verdad? —Y le guiñó un ojo maliciosamente.

—Pero... —Sam se quedó boquiabierto. Poco después, abandonaba con Kim el santuario del viejo melómano, con su fantástico archivo discográfico—. ¿Cómo pudo él darse cuenta de que no era un periodista?

—Tío Cecil es muy listo —rió Kim—. Más de lo que parece... En fin, Sam, ya tienes lo que tanto buscabas. ¿Te va a servir de algo?

—No lo sé. Vamos al coche. Grabaré en una *casete* esta pieza y guardaré el disco como oro en paño hasta poder devolvérselo a tu viejo amigo. Lo cierto es que no sabemos aún qué papel juega en esas dos muertes el dichoso disco. Pero es posible que sea la única pista que conduzca a alguna parte.

—¿Adónde, exactamente? —se interesó Kim, cuando entraron en el coche de Sam.

—De momento, a Barry K. Laverne, Editores. Fueron los que lanzaron el disco al mercado, ¿no? Posiblemente sea un modo de empezar las cosas...

No fue un modo esperanzador. Poco después, cuando Sam detenía su coche en las señas que constaban en aquel disco, el lugar resultó ser un enorme supermercado. Posiblemente hacía más de quince o veinte años que el tal Laverne no existía como editor de discos. Allí terminaba, sin duda, una de las pistas.

Sam se quedó pensativo. Cambió una mirada de desaliento con su compañera de correría nocturna. Kim parecía tan desolada como él mismo.

—Debí imaginarlo —suspiró el joven policía—. Es un asunto demasiado viejo...

—Hay otras posibilidades en ese disco, ¿no? —Trató de animarle ella.

—Oh, claro. Está su intérprete, Louella Landers. ¿Sabes cuántas niñas prodigio hubo por entonces en todo el país? Miles de ellas. Era la época en que estaba de moda imitar lo más posible a Shirley Temple. Una especie de epidemia materna hacía a todas las madres pensar en que sus hijas podían ser la nueva superestrella del cine o de la canción. Posiblemente, ya nadie en el mundo se acuerde de Louella Landers. Pero tenemos aquí al compositor de la pieza. Espera que lea... —Examinó las letras entre paréntesis, bajo el título de la canción, en la etiqueta central del disco—. Walter Wallis... Sí, creo recordar el nombre. Walter Wallis creó algunas canciones para películas musicales. Pero lo cierto es que nunca he oído nada de él en la actualidad.

—Sam, hace más de treinta y cinco años de esa grabación. Han podido ocurrir muchas cosas con la gente relacionada con esa melodía.

—Lo sé. Pero alguien relacionado con ella es posible que ande por ahí asesinando a la gente, Kim. ¿Te importa si trato de ver ahora a ese tal Wallis, caso de que realmente exista?

—No, ¿por qué habría de importarme? —suspiró Kim, acurrucándose en el asiento del coche, junto a él, de modo que su falda subió demasiado sobre los jóvenes muslos femeninos firmes y bien torneados—. Mientras esté a tu lado, no tengo nada que temer de Saughnessy y su gente, ¿no es cierto?

—Bueno, en teoría, así es —sonrió Vaughan, poniendo el coche en marcha nuevamente. Y pudoroso, tomó un extremo de la falda de la muchacha, tapándole los muslos hasta la rodilla. Ella se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —indagó—. ¿No te gustan mis piernas, Sam?

—No es eso. Tienes menos de dieciocho años. Eres una menor. No debes adoptar posturas lascivas ni provocativas, Kim.

—Oh, papá Sam —se mofó la chiquilla alegremente—. ¿Tan moralista eres con una mujer a tu lado?

—Todavía no eres una mujer. Ni te considero como tal. Tápate y trata de ser buena chica y limitarte a lo que eres: mi compañera y protegida, nada más.

—¡Vete al infierno, Sam Vaughan, y olvídate de que existo! —Se enfureció ella, hundiendo su barbilla en el pecho y cruzándose de brazos—. Soy una mujer muy mujer, y cualquier hombre lo nota con sólo mirarme. Lo que pasa es que tú eres un condenado idiota y un puritano ciego y estúpido.

Sonrió Sam, sin replicar, y condujo a través de la noche, hasta encontrar una cabina telefónica. Bajó del coche y llamó a la estación de policía. Lynch se puso al aparato.

—Tengo a Kim Mansfield conmigo —dijo Sam—. No corre peligro. He encontrado el viejo disco, teniente.

—¿Qué? —Pegó un respingo el policía—. ¿Eso es cierto? La maldita computadora sigue sin dar ninguna respuesta. No conoce la melodía ni parece que le hayamos facilitado el disco auténtico. ¿Cuál es, Sam?

—«Melancoly». 1938. Editado por Barry K. Laverne Editores. No existe la editorial ya. Hay un supermercado en su lugar. Ahora quiero encontrar a su autor, Walter Wallis. Necesito sus señas. ¿Puede facilitármelas usted?

—Si no tiene antecedentes, desde luego que no. Espera un momento. —Sam aguardó. Al final, la respuesta fue negativa—: Lo siento, Sam. Nada de nada.

—Está bien. Buscaré por otro lado.

—¿Cuándo vas a facilitarme la canción original, Sam?

—Esta misma madrugada. Tendréis que hacer una grabación magnetofónica del original. Prometí cuidarlo y devolverlo a su dueño lo antes posible. Es una pequeña joya discográfica.

—Lo creo. «Melancoly», ¿eh? Trataremos de averiguar algo respecto a esa canción, Sam y... ¡Un momento! Me traen un informe urgente del caso Murphy. Espera que lo lea, por si es de tu interés.

—Sí, espero... —Sólo pasaron unos segundos, no más de medio minuto.

—¡Sam! —bramó la voz del teniente—. Vaya si ocurre algo... ¿Deseas saberlo?

—¿Para qué diablos cree que espero, teniente?

—Se trata del viejo conserje del Hotel Eastern. Ya apareció.

—¿Vivo?

—Maldita sea, claro que no —rezongó el oficial de policía—. Más muerto que mi abuela, Sam. Le degollaron. Posiblemente con un trozo de disco, no sé aún. Hallaron su cadáver a varias manzanas del hotelucho donde trabajaba. Dentro de un colector de basuras, en un semisótano abandonado... Lleva muerto al menos veinticuatro horas.

—Entiendo. Era de imaginar que ocurriría esto. Ya son tres las víctimas del misterioso personaje del disco roto...

—Mientras todo termine ahí... Mucho cuidado, Sam. Recuerda que vas desarmado y que no puedo ayudarte oficialmente en nada. Ahora tendrás que vértelas con la gentuza de Saughnessy y con un asesino dispuesto a todo.

—Lo sé. —Sam sonrió, acariciando el bulto de su revólver, el arma que obtuviera de su agresor—. Procuraré arreglármelas lo mejor posible, teniente. Hasta luego.

Colgó. Su próxima llamada fue a otro número muy distinto, que sonó repetidas veces, antes de que alguien cogiera el teléfono. Una voz femenina, somnolienta, le requirió:

—¿Quién llama a estas horas?

—¿Susan Blake? Soy yo, Sam Vaughan.

—¡Sam! —se sorprendió la relaciones públicas de la empresa discográfica—. ¿Cómo se te ocurre despertarme ahora? Si al menos hubiera sido personalmente y con una botella de champaña en la mano... Acostumbro a acostarme pronto desde que trabajo en mi nueva profesión, ¿no lo sabías?

—Lo siento, Susan, pero necesito un informe urgente y pensé que sólo tú podías facilitármelo. La próxima vez no llamaré. Iré a tu casa con el champaña, palabra.

—Está bien, ¿de qué se trata ahora? Estuve indagando sobre tu disco y no pude dar con indicio alguno sobre él...

—No importa. Déjalo ya. Lo encontré.

—¿De veras? —Hubo asombro en la voz de la rubia empleada—. ¿Dónde?

—Es un lugar tan increíble que sería difícil describirlo. Lo dejaremos para cuando la charla sea sin teléfono por medio. Susan, ¿qué sabes de Walter Wallis?

—¿Walter Wallis? No mucho. Fue un nombre célebre en el pasado. Ahora no es nadie. Ni siquiera existe para las empresas discográficas. El alcohol le malogró definitivamente. Creo que vendió sus derechos de viejos éxitos a alguien, y ni siquiera cobra ya un centavo desde hace muchos años. ¿Por qué te preocupa?

—Es el autor del disco que buscaba. ¿Vive en Los Ángeles?

—Sí. Estuvo muy ligado al cine en su tiempo. Una vez nos ofreció trabajo, pero era muy malo. El alcohol había destruido totalmente su inventiva, su frescura, su inspiración. No vale nada. Se le rechazó de plano. No he vuelto a verle.

—Pero ¿sabes dónde podría localizarle si quisiera verlo ahora mismo?

—Milagrosamente, has llamado a la persona adecuada, Sam —rió ella—. No sólo tengo un archivo en la oficina, sino otro en casa. Te diré enseguida sus señas, si es que sigue viviendo en el mismo lugar. Un momento.

De nuevo esperó, mirando impaciente a través del vidrio de la cabina, hacia la enfurruñada Kim, que permanecía acurrucada en el coche, sin dirigirle una sola mirada. La voz de su amiga Susan volvió a sonar al otro extremo del hilo telefónico.

—Sam, aquí está lo que buscas. «Walter Wallis, compositor. Último domicilio conocido, Slauson Avenue, 2343. Junto a Soto Street». ¿Suficiente?

—Si lo encuentro allí, sí. Gracias, Susan. Eres un encanto.

—Siempre dices lo mismo. Pero vas a casarte con otra.

—¿Importará eso mucho cuando vaya a verte con la botella de champaña?

—Ni lo más mínimo —rió la rubia—. Te lo demostraré cuando vengas.

—Hasta entonces —colgó, lanzando luego un suspiro. Regresó al

coche. Se dijo que tenía una rara facilidad para complicarse la vida con las mujeres, pero en su oficio, la ayuda de éstas era a veces muy necesaria.

Miró de reojo a su compañera, que seguía sumida en su hosco mutismo, y puso el coche en marcha sin más rodeos. Enfiló hacia el nordeste de la ciudad. En menos de veinte minutos, alcanzó Slauson Avenue, dejó atrás el Arenas *Sport* y alcanzó finalmente el cruce con Soto Street. A una manzana, justamente, halló el 2343.

Frenó, encendiendo un cigarrillo. Contempló de soslayo a Kim, observando a contraluz del alumbrado callejero su gracioso perfil, su naricilla respingona, el cobrizo vivo de sus cabellos, su rostro malicioso, los labios gordezuelos. Era una niña, sí. Pero ella tenía razón. También poseía mucho de mujer. Y no precisamente tan sólo sus bien formados y duros pechos ni sus muslos tan perfectamente torneados.

—¿Amigos? —preguntó Sam, suavemente.

—Bueno —se encogió ella de hombros—. Es todo lo más que sería de un tipo como tú, polizonte. Tu tipo es otra clase de chicas. Mujeres elegantes, con clase. Supongo que tu novia es así, ¿verdad?

—Dejemos tranquila a mi novia —resopló Sam, abriendo la portezuela—. Voy a ver a un tipo medio sumergido en el alcohol. Tal vez viva aún ahí, tal vez no. De todos modos, no es hora de molestar a nadie. Pero el asunto urge, preciosa. ¿Te dejo en el coche y voy yo solo, o lo hacemos los dos juntos?

Kim miró en torno. Pareció inquietarle la solitaria calle y se irguió, apresurándose a decir:

—Será mejor que vayamos juntos, Sam. Mucho mejor.

—Como quieras —sonrió el policía, encogiéndose de hombros—. Vamos allá.

Cerró el coche. Cruzaron la calzada desierta y se detuvieron bajo una farola, contemplando el seto y la valla que circundaban el número 2343. Sam aplastó su cigarrillo en el asfalto. Se decidió. Abrió la portezuela de la cerca, y tomando por la mano a Kim, avanzó hacia la casa. Utilizaba su zurda para eso. La diestra la llevaba cerca de su axila izquierda. Quería tenerla próxima a su revólver si sucedía algo imprevisto.

El botón del timbre estaba en medio de la puerta, bajo una mirilla enrejada, y lo empujó suavemente con el índice. No sólo se

oyó un zumbido electrónico adentro, sino que la puerta, sin ruido, se deslizó, abriéndose a medias...

—Vaya —arrugó el ceño Sam—. ¿Ese tipo duerme con la puerta abierta? Es una costumbre poco saludable en una ciudad como ésta, a poco que tenga de valor en casa...

Empujó del todo. Al fondo de la casa, había luz. Pero no en el recibidor ni en el gabinete próximo. Sam decidió llamar antes con voz clara, no muy potente pero sí perfectamente audible en una casa no demasiado grande, como era aquélla:

—¡Wallis! ¡Walter Wallis! ¡Responda! ¡Wallis, es la policía! Tenemos que hacerle unas preguntas...

Nadie le respondió. Apretó con más fuerza la mano de Kim, repentinamente temblorosa entre sus dedos. Notó que el cuerpo de la muchacha se pegaba al suyo instintivamente. La luz seguía brillando al fondo, más allá de una escalera ascendente. Pero ni rastro de ser viviente alguno dentro de la casa.

—¡Wallis! —Elevó algo más el tono de su voz, y, precavido, desenfundó el revólver, que Kim contempló con ojos dilatados por el temor—. ¡Responda, Wallis, si es que vive usted aquí!

No hubo respuesta tampoco ahora. Vaughan apretó con dedos firmes la culata de su revólver. Algo en todo aquello no acababa de gustarle. Pero avanzó paso a paso, dentro de la casa, sin soltar a su compañera.

—Veamos si es realmente Wallis quien vive aquí, o nos hemos equivocado de lugar... —murmuró Sam roncamente.

Dio la luz del gabinete inmediato al vestíbulo. Asomó a él. Descubrieron un piano, fotografías en las paredes con escenas de viejas películas enmarcadas, fundas de viejos discos y todo cuanto hacía suponer que las cosas seguían igual allí. Sam observó una de las viejas fotografías, con un hombre rubio y delgado, de bigote recortado, vestido de frac, con lazo blanco, y al pie de la fotografía figuraba un nombre auto biografiado, a la usanza de las antiguas estrellas de Hollywood. Ese nombre era Walter Wallis.

—No nos equivocamos —murmuró Sam—. Wallis vive aún aquí...

Sam Vaughan, sin embargo, sí se equivocaba. Momentos después llegaban adonde brillaba la luz, tras avanzar por un pasillo y rodear la escalera. Y comprobó que ya no vivía allí Walter Wallis.

El rubio compositor, ahora canoso, ajado, convertido en un hombre demacrado, ojeroso y destruido por la bebida, mal vestido con una bata a cuadros de lana, salpicada por la polilla, yacía en el suelo de la cocina, junto a una mesa donde había una botella mediada de *whisky*, un vaso, y solamente unas migajas de un pequeño emparedado en un plato.

Estaba muerto. La sangre corría copiosamente desde su cuello, segado de oreja a oreja por algún objeto afilado, profundamente incisivo. Kim lanzó un chillido de terror y se protegió contra Sam, acurrucándose en su pecho.

En ese momento, el policía percibió el ruido de pasos precipitados en la parte trasera de la casa, y una puerta posterior crujió al abrirse.

El asesino aún estaba en la vivienda. Muy cerca de ellos...

CAPÍTULO VII

—¡El asesino, Kim! —jadeó roncamente Sam Vaughan—. ¡Está ahí! ¡Aparta, por Dios, he de darle caza como sea!

Y situó a la muchacha contra una pared de la cocina, desasiéndose dificultosamente de su nerviosa, crispada presión, para lanzarse revólver en mano hacia el fondo de la vivienda.

Los pasos se perdían ya entre arbustos crujientes, allá en la parte trasera del jardincillo. Eran pisadas rápidas, seguras, veloces. Solamente el asesino podía tener tanto interés en escapar de aquel trágico escenario con tanta premura.

Cuando Sam alcanzó la puerta posterior, aún en movimiento, y la cruzó, penetrando en el oscuro jardín, ya la figura de alguien, una simple sombra en la oscuridad de la noche, estaba salvando con agilidad una cerca de ladrillos al fondo.

—¡Quieto! —rugió—. ¡Quieto o disparo, en nombre de la ley!

No le hicieron caso. La sombra se perfiló un momento a contraluz de una farola lejana. Disparó Sam sin vacilar. El revólver tronó en su mano, despertando dormidos ecos en la vecindad. Varios perros ladraron y la sombra pareció vacilar un instante, pero si había sufrido alguna herida, evidentemente no era demasiado seria. Saltó al otro lado, y Sam juró entre dientes, precipitándose hacia la valla de ladrillos, dispuesto a lo que fuese con tal de dar caza al feroz asesino.

Escaló la pared sin dificultades, pero al llegar a la parte alta de la misma, ya no descubrió ni rastro de su perseguido. Había diversos y oscuros jardines alrededor, largos setos al borde de las aceras y las cercas, y casas en sombras, aunque su disparo había hecho encender algunas luces en unas pocas ventanas.

Sabía que no podía estar lejos la persona a quien buscaba, que

quizás ahora mismo estaba siendo escudriñado, vigilado por el asesino desconocido, agazapado entre los arbustos que allí tanto abundaban. Pero encontrarle ahora, iba a ser tarea sumamente difícil.

No renunció, sin embargo, a su búsqueda, pese a las malas perspectivas que se le presentaban. Saltó al otro lado y, con el revólver amartillado, pendiente de cualquier movimiento o sonido en las frondas ajardinadas, avanzó, paso a paso, con todos sus aguzados instintos de policía puestos en la caza de la presa.

Ni un solo ruido sospechoso hirió su oído. No se movían los matorrales ni se agitaban los setos, revelando la presencia de alguien agazapado entre ellos. Este jardín era más amplio y frondoso que el de Walter Wallis, y poseía la larga estructura encristalada de un invernadero. Pensó en este lugar como el más idóneo para que el fugitivo buscara refugio en él. Y avanzó, arma en mano, pisando cautelosamente, en dirección al recinto destinado a las plantas. Pero no podía evitar que la gravilla de los estrechos senderos crujiese bajo su calzado con cada movimiento de sus pies en dirección al invernadero.

Cuando hubo alcanzado la pared encristalada, se agazapó, pegada a ella, moviéndose con mayor cautela, tratando de vislumbrar en la oscuridad del interior, entre las hileras de macetas y de flores, algún rastro de huida, algún movimiento revelador.

Tampoco en esta ocasión tuvo éxito inicial. La puerta del invernadero se mostraba herméticamente cerrada, lo cual era prueba de que su perseguido no había podido entrar allí en modo alguno, ya que el resto de los vidrios aparecían totalmente intactos, sin la menor señal de violencia.

Sam empezaba a impacientarse. No creía fácil que hubiese podido escurrirse de entre sus dedos el asesino tan sutilmente, como evaporándose en la oscura noche, en la serie de jardines de aquella zona residencial.

Se detuvo, pensativo, el arma a punto, la mirada recorriendo las sombras profundas del desconocido jardín. Nadie parecía haberse alarmado allí por su disparo. Sin duda la mansión vecina estaba deshabitada. Los perros seguían ladrando en la distancia. Una sirena ululó, lejana, pero aproximándose de forma ostensible.

De repente. Sam tuvo un mal presentimiento. Olfateó la

presencia del peligro. Era algo que resultaba innato en él. Otras veces, durante su carrera policial, había experimentado algo parecido. Y nunca fue en vano. Nunca injustificadamente.

Esta vez tampoco, por desgracia para él.

Giró sobre sí mismo con rapidez, movido por aquella intuición especial. Ya era tarde. Una sombra en movimiento, confusa, había surgido de entre los arbustos, a sus espaldas. Algo se abatió violentamente contra su cráneo. Sam Vaughan juró roncamente al sentirse martilleado en plena cabeza. Miles de luces saltaron ante sus ojos, como un doloroso carrusel. Su cerebro pareció estallar. Y se derrumbó pesadamente a pies de su agresor, con la última y terrible sensación de que estaba vencido, a merced de un brutal asesino del que, tal vez, sería él la próxima víctima...

* * *

—¿Va mejor, Sam?

Vaughan refunfuñó entre dientes, malhumorado, mientras el coche del teniente Lynch se alejaba y ellos dos tomaban asiento en su propio automóvil. Dos patrulleros permanecían aparcados ante el edificio del crimen, con sus luces rojas girando intermitentes en la noche.

—No lo sé —gruñó el policía, tocándose el vendaje que envolvía su frente y nuca, todavía doloridas por el golpe recibido. La sangre mojaba ligeramente la venda. Pero al menos, estaba vivo, aunque su cabeza pareciese una verdadera barahúnda de palpitaciones, dolores y calambres—. Pero pudo haber sido peor, Kim.

—Es cierto. Pensar que el asesino te tuvo a su merced y no te remató... Es como un milagro, Sam.

—Debía tener mucha prisa por escapar y no quiso perder tiempo conmigo —farfulló Sam—. No hay otra explicación para eso, la verdad. ¿Cómo disteis conmigo?

—Yo informé a los patrulleros que acudían al haberse denunciado un disparo en la vecindad. Ellos llamaron al teniente Lynch a petición mía, mientras buscaban por los jardines inmediatos. Dieron contigo en la casa vecina. El teniente ocultará que estábamos aquí cuando se halló el cadáver de Wallis. Dice que si los de Asuntos Internos llegaran a enterarse de que estabas

metido en esto, te iba a costar mucho explicarlo, y el capitán Gargan te destrozaría sin remedio.

—Lo sé. Te agradezco tu buen juicio, Kim —la miró casi con afecto—. Creo que eres una buena chica. Y además, bastante lista.

—¿Lo dudabas? —rió ella—. No en vano escapé tantas veces de vosotros...

Sam no comentó nada. Estaba tratando de recordar, de hacerse una idea en torno a la fugaz sombra humana entrevista cuando fue atacado en las proximidades del invernadero, pero todo resultó inútil. Lo único que podía evocar con cierta claridad en estos momentos, era una figura ágil, huidiza, envuelta en algo oscuro, con un gorro de lana oscura o un pasamontañas sobre la cabeza, cubriéndole rostro y cabello. Así, la forma humana no resultaba precisamente nítida ni fácil de identificar.

—Esto es una cadena de muertes violentas, Kim —murmuró Sam, conduciendo lentamente a través de la ciudad—. Primero Murphy, luego Fox, después Woods y finalmente Wallis... por el momento. Cuatro víctimas y un maldito disco viejo que no tiene en apariencia el menor sentido en todo esto. Wallis, evidentemente, sabía algo que podía delatar al asesino. Y éste se nos anticipó por poco... Maldita sea, ahora hay que volver a empezar, pero ¿por dónde?

—Si pudiera ayudarte en eso... —La ladronzuela se encogió de hombros con gesto contrariado—. Pero no sé lo que está ocurriendo. Sam. Solamente sé que estoy asustada. Muy asustada.

—¿Por qué, Kim?

—Por ti sobre todo —la muchacha le miró largamente—. Seguir a ese criminal es muy peligroso. Esta vez has salvado la vida, pero puede haber otra ocasión futura en la que no tengas tanta suerte. Si has dejado de ser policía por un tiempo, ¿por qué meterte en todo esto y arriesgar tu vida? Deja que sean tus colegas en activo quienes saquen las castañas del fuego.

—Lo siento. Kim. Ya no podría dejar el asunto hasta el final. Es cuestión de dignidad, de ética, de orgullo... y también de justicia. Si puedo conseguir que ese maldito asesino termine su carrera de sangre, me sentiré muy feliz. Y tal vez otras personas mezcladas en el asunto salven su vida.

—Sé que no podré disuadirte de eso, pero insisto en que tengo

miedo...

—No te preocupes. Sé cuidarme. No volveré a cometer un error como el de esta noche... —condujo en silencio un rato. Luego, de repente, preguntó a la muchacha—: ¿Te llevo a alguna parte? Creo que es hora de dormir un poco. Luego seguiré mi tarea. Pero tengo que buscarte un lugar seguro para que te ocultes de Saughnessy y su gente. Estoy seguro de que ellos andarán buscándote por toda la ciudad en estos momentos, ya que saben que tu declaración puede hundirles cuando llegue el momento de procesarles.

—No se me ocurre ningún sitio... —Kim miró alarmada a Vaughan—. Sam, no me dejes esta noche al menos, te lo ruego...

—Está bien —suspiró Vaughan—. Te llevaré a mi casa de momento. Pero será de modo provisional, simplemente, ¿está eso bien claro?

—Claro, Sam. Mañana buscaremos un lugar adecuado para mí. Pero esta noche prefiero sentirme segura cerca de ti. No te molestaré demasiado. Puedo dormir en el sofá de tu apartamento...

—No. Yo ocuparé el sofá. Es cómodo, después de todo. Tú dormirás en mi cama y no se hable más.

—Sí, Sam, como quieras —musitó ella con sorprendente docilidad.

Condujo hasta su domicilio. Vaughan aparcó, y ambos se encaminaron a la puerta del edificio de apartamentos donde el joven policía tenía su alojamiento. Apenas había introducido la llave en la cerradura, el mundo se desplomó encima de él.

—Lo sabía. Estaba temiéndome algo así. Sam Vaughan. ¿De modo que ése es tu comportamiento conmigo, poco antes de casarnos? ¡Meter en tu casa a una mujerzuela para pasar la noche con ella!

Se volvió, petrificado. Allí estaba Elaine, su prometida. Plantada en medio de la acera, contemplando a ambos con enfurecido sarcasmo.

* * *

—¡Yo una mujerzuela! —gritó Kim Mansfield, con gesto ofendido—. ¿Pero qué se ha creído usted, ridícula damisela?

Y antes de que Sam pudiera evitarlo, el segundo desastre se

produjo. La ágil muchachita se precipitó sobre Elaine y la abofeteó en ambas mejillas, tirándole luego del cabello con rabia.

—¡Ya basta, ya basta! —tronó Sam apuradísimo, saltando entre ambas mujeres—. ¡Quieta. Kim! ¡Ella es mi prometida. Elaine Kenton, y ha cometido un error, eso es todo!

—¿Un error? —Elaine se revolvió, dando un puntapié a Kim y agarrándola igualmente por el pelo sin contemplaciones—. ¡No me dirás que esta mocosa pertenece al Ejército de Salvación y sube a tu casa a rezar por la pureza de tu alma, maldito estúpido!

Sam se precipitó entre las dos, logrando separarlas cuando más enzarzadas se hallaban en su disputa. Por fortuna, la hora era lo bastante avanzada para que solamente un beodo, plantado en la acera opuesta, contemplase la escena con aire perplejo. Al lado de la casa de Sam, un *drugstore* abierto toda la noche derramaba su luz en la acera, iluminando limpiamente la escena. Un camarero asomaba tras la vidriera, sumamente interesado en la pelea femenina.

—Vamos, vamos, las dos estáis equivocadas —cortó Sam con energía, manteniéndolas separadas con alguna dificultad—. Elaine, tú tienes razón para sospechar algo feo, pero no hay nada de eso. Kim es una conocida de otras ocasiones y se halla en peligro por culpa de unos traficantes de drogas. Me limito a ocultarla de momento a sus perseguidores, porque debemos salvar su vida y velar por su testimonio contra ellos. En cuanto a ti. Kim, debes comprender a mi prometida y pedirle disculpas por tu agresión.

—¡Y un cuerno! —Se irritó Kim, mirando con ojos centelleantes a Elaine—. El que ella sea tu novia, no le da derecho a insultar a las demás. Soy menor de edad y me protege Sam Vaughan, eso es todo. ¿Por qué no tiene más confianza en él? Si yo fuera su novia, estaría segura de que me es fiel si él me lo dice así. Sam es un hombre íntegro, mucho mejor que usted, mil veces.

—¿Oyes eso. Sam? ¡Encima, insultada por una menor depravada! —sollozó Elaine—. ¡Hemos terminado! ¡Ya no hay boda ni compromiso! ¿Está claro, Sam?

—Pero Elaine, recapacita... Esto no tiene sentido. Yo...

—Tú te puedes quedar con tus menores dispuestas a acostarse contigo. Pero yo me voy para siempre. Está roto el compromiso. Definitivamente, ¿entiendes? —Y se arrancó el anillo de su dedo,

arrojándolo al asfalto con rabia.

Sam pugnaba por sujetar a la enfurecida Kim, que deseaba atacar de nuevo a Elaine al sentirse insultada. Al mismo tiempo, pretendió arreglar las cosas, consciente de lo ridículo de aquella situación:

—Elaine, por lo que más quieras, razona y no te ofusques. Las cosas no son como tú crees. Yo... Elaine, por favor...

—Está todo dicho. Sam —ella dio media vuelta, empezando a alejarse—. Todo ha terminado entre ambos desde este momento. No intentes verme de nuevo. No servirá de nada.

En ese momento, un automóvil color azul metalizado dobló con rapidez la esquina y se detuvo junto a la acera. Del interior saltó a la calle Louise Kenton, la bella madre de Elaine. Rápida, fue hacia su hija con un suspiro de alivio.

—Elaine, hija mía... —murmuró, tomándola de un brazo—. No sabía dónde podías estar... Imaginé que habrías venido a ver a Sam, cuando vi que no estabas en casa. Y me alegra haber acertado... ¿Qué es lo que sucede? Estás llorando, Elaine... Éstas no son horas de salir de casa para ver a nadie, ¿es que ocurre algo anormal?

—¿Si ocurre algo? —Elaine, entre sollozos, señaló a Sam y a Kim—. ¡Ahí los tienes a los dos, mamá! Sam y esa fulana... iban a subir juntos a su casa. Así se porta conmigo cuando yo no le veo... ¡He roto con él de modo definitivo!

—Pero ¿qué dices, querida? —asombrada, confusa, Louise Kenton abrazó a su hija y contempló, pensativa, a Sam Vaughan y a su joven compañera—. Sam, ¿eso es cierto?

—Hay un error en todo esto. Elaine cree lo que no es, Louise. Te juro que esta muchacha está en peligro y debemos protegerla de unos criminales, eso es todo... Pero Elaine no quiere creerlo.

—Está bien, Sam, trataré de arreglar las cosas —el tono suave, sereno de la elegante dama, trataba sin duda alguna de limar asperezas—. Pero comprende a Elaine, querido. Esa jovencita es muy atractiva, va contigo a estas horas de la noche... ¿Es cierto que va a subir contigo al apartamento?

—Si —afirmó Kim, rotunda—. Pero sólo para sentirme protegida, señora. No hay nada entre Sam y yo, salvo una amistad que ha surgido de mis problemas con la policía.

—¿Oyes eso, mamá? —se lamentó Elaine—. ¡Encima es una

delincuente vulgar!

—Calma, calma —su madre tiró de ella hacia el coche—. Hablaremos con calma de todo esto tú y yo. Sam, te veré mañana para hablar también contigo más serenamente, ¿de acuerdo?

—Totalmente de acuerdo, claro —admitió Sam gravemente—. Espero que sepas hacerle comprender a Elaine. Pero no va a ser fácil. Está ofuscada, ciega de celos y de rabia.

—Al menos, lo intentaré —sonrió débilmente a Sam y dirigió una ojeada penetrante a Kim—. Buenas noches. Espero que mañana todos razonemos un poco más...

—¡Yo no pienso cambiar! —clamó Elaine, agitándose dentro del coche—. ¡Nunca volveré a ver a Sam! ¡Todo ha terminado entre los dos! ¡Puede ir a acostarse con cuantas mujerzuelas le venga en gana!

El coche se alejó, conducido por Louise Kenton, sin que su hija cediera en su virulenta reacción contra Sam y la muchacha. Cuando desaparecieron en la esquina inmediata, Sam respiró hondo, meneó la cabeza y tomó a Kim de la mano.

—Lamento todo lo sucedido —dijo—. Ahora vamos arriba, Kim.

—¿Piensas acogermé en tu casa, pese a todo lo sucedido? —se extrañó ella—. Esto puede costarte la ruptura real con tu novia, Sam... No quiero complicarte la vida hasta ese punto.

—No me complicas nada. Ella tendrá que conformarse. Si quiere la ruptura, allá ella. Por mi, no iré a suplicarle de nuevo la reconciliación, te lo aseguro.

Kim vaciló. Por fin, ante la firmeza demostrada por el joven policía, le siguió hasta arriba, con expresión contrariada.

Abrieron la puerta del apartamento. Sam encendió la luz.

—Buenas noches, parejita —saludó glacialmente una dura voz acerada—. Bienvenidos al pequeño nido donde estaba seguro que terminaríais por venir...

Sam palideció. Intentó extraer su revólver, pero supo que eso significaría la muerte inmediata. Para él y para Kim Mansfield, la bribonzuela.

Duke Saughnessy, con su cráneo rapado, su camisa negra y su impecable traje blanco, su aire de gángster de otros tiempos, mitad traficante de drogas, mitad pistolero y asesino, le encañonaba con su voluminosa automática calibre 45, provista de silenciador. Sus

tres duros, silenciosos esbirros de agria sonrisa, acomodados en diversos puntos del apartamento, también esgrimían armas con silenciador.

Habían caído ambos en una trampa mortal e irremediable.

CAPÍTULO VIII

—Bien, bien... —Saughnessy les contempló con helada sonrisa, mientras uno de sus esbirros cerraba y aseguraba la puerta tras de ellos—. De modo que el gran policía, el hombre duro y capaz de todo por defender la moral de la sociedad, decide traerse a casa menores de edad para abusar sexualmente de ellas...

—¡Eso es mentira y usted lo sabe! —protestó airadamente Kim—. ¡Sam Vaughan es un policía íntegro, y sólo buscaba protegerme de bastardos como ustedes!

—¿De veras? —rió burlonamente Duke Saughnessy—. Pues no lo hizo muy bien, pequeña. Cualquiera podía imaginar que una golfa joven y atractiva como tú, acabaría yendo a la cama con él. Sólo bastaba aguardar tranquilamente los acontecimientos... y caeríais los dos en el cepo.

—¡Hijo de perra! —bramó Kim valerosamente, escupiéndole al rostro—. ¡Vaughan no es como tú ni como tus sucios compinches! No iba a abusar de mí, él nunca lo haría...

—Eso que se pierde el muy necio. Eres una chica preciosa, Kim. Creo que mis hombres y yo gozaremos contigo unas horas, antes de arreglar nuestros asuntos.

—¡Cerdos! —jadeó Sam—. ¡Pretendéis abusar de una menor, antes de asesinarla!

—¡Cierra el pico, puerco policía! —Silabeó ásperamente uno de los esbirros de Saughnessy. Y pegó con el cañón de su arma en la boca de Sam, haciendo recular a éste, mientras sus labios se cubrían de sangre—. Aquí sólo habla el jefe, imbécil...

Kim chilló, tratando de luchar contra los hampones. Pero era inútil. Uno de ellos la aferró por la cintura con un brazo musculoso, reduciéndola a la impotencia, en tanto Saughnessy reía complacido

y paseaba por la estancia, impoluto en su terno blanco de hilo, digno de un George Raft o un Valentino de sus mejores épocas. La calva cabeza, imitación burda de la de Telly Savallas, brillaba a la luz del *living* y al reflejo de los luminosos vecinos que se filtraban por las rendijas de las persianas graduables de materia plástica.

—Bien, bien... —habló parsimonioso, complaciéndose en los apuros de la pareja de cautivos que estaban a merced suya—. Sois como dos tórtolos. Casi se diría que os habéis enamorado ambos como Romeo y Julieta. Para mí resultaría enternecedor y hasta podría olvidar que tú, Sam Vaughan, eres un apestoso polizone que gusta de aplastar narices y triturar hígados de mis muchachos. Pero a ella no puedo olvidarla. La muy zorra me engañó con un cuento chino, me robó dinero y, lo que es peor, una importante cantidad de heroína pura. Si declara eso ante un juez y un jurado, si dice a quién robó esa dosis de heroína, mi pellejo no valdrá nada. Iré derecho a presidio, y antes de que pueda decir quiénes están tras de mí con el dinero, un veneno o cualquier otra cosa habrá terminado con mi vida en la celda.

—De modo que también tú tienes miedo, ¿eh, Saughnessy? —rió Sam con acritud—. ¿A quién temes? ¿A tu jefeazo, el comisionado McPattern, que tras su apariencia de honestidad e incorruptibilidad es el verdadero amo del tráfico de narcóticos en la ciudad?

—¿Quién diablos pudo decirte a ti...? —Duke Saughnessy se paró en seco, mordiéndose con rabia el labio inferior, al ver la mueca sardónica de Sam—. Vaya, hablé de más, ¿no es cierto? Sacaste de mentira verdad. Vaughan. Eres un sabueso astuto. Pero no va servirte de nada saber que el comisionado está tras todo esto. Ella y tú vais a ir derechos al infierno ahora mismo.

—¿Tú crees? —respondió Sam, despectivo—. ¿Y qué vais a contarles a esos que os escuchan? ¿O pensaste que íbamos a meternos solos ella y yo en la ratonera?

Al tiempo que hablaba, Sam había señalado con gesto entre indiferente y sarcástico a la ventana. Como si les hubiera picado un áspid. Saughnessy y sus tres esbirros volvieron la cabeza en esa dirección, temiendo quizás encontrarse con un escuadrón de policía de la ciudad de Los Ángeles acumulado tras la persiana.

Pero allí no había nada, salvo los parpadeos de luz multicolor. Sam, al tiempo que ellos se volvían, gritó a Kim con voz ronca:

—¡Pronto, pequeña, ahora o nunca! ¡Nos va la piel en ello, preciosa! Y aunque le habían quitado su revólver, inició el ataque.

Cargó violentamente contra el pistolero más cercano, aprovechando la fugaz distracción del grupo de rufianes. El tipo disparó, pero sorprendido por el acoso de Sam su disparo salió alto, con un sonido sordo, como un taponazo. El policía evitó que usara de nuevo el arma, aferrándole con energía y haciéndole girar, de modo que lo situó ante sí, a guisa de coraza, justo cuando uno de ellos disparaba.

El balazo hirió de lleno a su escudo viviente en el pecho. Oyó gritar al hombrecillo y notó sus espasmos. Otra bala disparada por el propio Saughnessy también se clavó en su propio esbirro, que colgó de los brazos de Sam, sin vida alguna.

Un nuevo disparo alcanzó el teléfono, haciéndolo saltar hecho añicos, desde la mesita de centro, cuando ya Kim, con agilidad de felino, lograba descargar un puntapié a su captor, haciéndole aullar de dolor. La muchacha aprovechó el momento para arrojarle de cabeza contra otro de los tipos armados que obedecían a Saughnessy.

Ante el asombro de todos, su impulso, cerca de la ventana, resultó decisivo. El tipo emitió un gruñido, se dobló, cayendo atrás... y destrozó la vidriera, saltando al vacío, y precipitándose hacia el asfalto callejero desde aquella tercera planta.

En un instante. Saughnessy se había quedado solamente con un compinche que intentaba recuperarse del tremendo puntapié recibido por parte de Kim Mansfield. Sam Vaughan, entretanto, había arrebatado el arma silenciosa de manos del hombre que colgaba sin vida entre sus brazos.

Hizo un solo disparo. Saughnessy se quedó solo. Su último compinche rodó de bruces, con un alarido ronco, cuando la bala le alcanzó el estómago, y su pistola rodó muy lejos.

Duke Saughnessy, rápido, elevó sus brazos, tirando el arma. Bajo su calva reluciente, el rostro era una lívida máscara de terror ante el cañón silencioso que Sam dirigía hacia él, humeando todavía.

—¡No, no tires! —aulló—. ¡No dispaes. Vaughan, me entrego!

Sam sonrió con la boca torcida. Miró a Kim, que le devolvió la sonrisa.

—Muy bien —contempló el destrozado teléfono con gesto de

disgusto—. Kim, ahora no tienes nada que temer. Baja al *drugstore* vecino, por favor. Telefonea a la policía. Pide al teniente Lynch que venga. Saughnessy es suyo. Si le aprieta bien las clavijas, también caerá el comisionado McPattern. Eso puede significar mi rehabilitación como policía...

—Claro. Sam —asintió ella, entusiasmada—. Voy a telefonar. De paso, subiré una botella de champaña para celebrar esto. Creo que valdrá la pena...

—Sí, pienso lo mismo —sonrió Vaughan—. Esta vez has caído de lleno. Saughnessy. Allanamiento de morada con pistoleros a sueldo, intento de doble asesinato... Si no hablas claro y revelas el nombre de tus jefes en eso de las drogas, te va a ir mal.

—Pero podré hacer un convenio, ¿no? —jadeó Saughnessy, angustiado.

—Veremos, veremos... De la cárcel nadie va a librarte ya. De ti dependerá que sea por diez, por cinco... o por veinte años.

Kim abandonó la estancia con rapidez para ir a telefonar al teniente Lynch. Sam buscó en un cajón, sin dejar de encañonar a su prisionero. Tenía aún un par de esposas. Las cerró sobre las muñecas del asustado Saughnessy. Luego, se dispuso a esperar.

Y entonces, sus ojos se fijaron en un sobre cerrado, de papel manila, dirigido a su nombre y franqueado convenientemente. Estaba sobre la mesa del centro.

—Eh, ¿qué es eso? —preguntó sordamente—. ¿Quién trajo esa carta aquí?

—Yo —susurró Saughnessy—. Estaba bajo la puerta. El cartero debió dejarla ahí. La recogí por pura rutina.

Sam casi no le escuchaba. Acababa de leer el nombre del remitente en el sobre, en su ángulo superior izquierdo: Ben Murphy. Hotel Eastern.

—¡Murphy! —jadeó—. Y el matasellos es de anteayer... El viejo Ben me envió una carta póstuma, que llega casi desde la eternidad...

Saughnessy le miró sin entender nada. Sam tomó el sobre con una mano, sin soltar el arma provista de silenciador. Rasgó el papel con los dientes. Volcó el contenido sobre la mesa, ante el silencio indiferente de su cautivo.

Cayeron dos cosas: una fotocopia y una hoja de papel. Leyó ésta:

«Amigo Sam: La verdad es que estoy asustado. Intento sacar dinero a alguien, y creo que he cometido un error. Alguien no es tan inofensivo como pensé, lo sospecho. Si ocurre lo peor, trata de entender este rompecabezas. Te adjunto fotocopia de una vieja partitura musical editada por Barry K. Laverne. ¿Te dice algo? Si es así, haz algo. Sobre todo, si cuando recibes esto no sabes nada de mí o ya estoy muerto. Un saludo de un buen amigo tuyo que ama demasiado el dinero fácil: Ben».

Dejó caer la nota, que cobraba ahora un trágico significado, tras el brutal asesinato de su autor. Recogió la fotocopia. La desplegó.

Era un viejo ejemplar de una partitura editada con cubierta litografiada. Una fotografía oval aparecía en medio de la cubierta. Leyó el título de la canción:

«MELANCOLY».

1938 Ediciones Musicales Barry K. Laverne, Los Ángeles.

Música: Walter Wallis.

Letra: Barry K. Laverne.

Debajo de la fotografía ovalada, se leía un pie:

«Barry K. Laverne, editor y propietario de la canción, en compañía de la nueva niña prodigio de la música moderna en el cine, Lou Landers, creadora de esta melodía».

Los ojos de Sam se clavaron, incrédulos, en aquella fotografía antigua, con un hombre alto, sonriente, de cabello rizado, y una muchachita rubia, posiblemente teñida, de largos bucles, faldita corta y aire de niña precoz, a lo Shirley Temple.

Muchos, muchísimos años separaban el presente de aquella

rancia foto de la época dorada de Hollywood. Y, sin embargo, Sam Vaughan entendió el mudo mensaje de Ben Murphy, quien, antes de morir, tuvo miedo, acaso un presentimiento, y envió a Sam Vaughan un mensaje póstumo del que nadie tenía noticia.

—Dios mío... —murmuró Sam—. Dios mío, de modo que ésta es la clave... La clave de todo el asunto...

Porque no era la primera vez que él veía aquella fotografía. Sólo que cuando la viera por primera vez, ignoraba que él era el editor de música Barry K. Laverne, y ella, la niñita rubia de los bucles y la sonrisa, la precoz Lou Landers, «estrella» infantil de un día lejano...

* * *

El coche-patrulla permanecía abajo. Otro apareció, haciendo ulular su sirena. Una ambulancia se llevaba a los hombres malheridos y al agonizante pistolero caído a la calle.

El teniente Lynch, frente a Sam Vaughan, hacía sus últimos apuntes en un bloc, en tanto dos agentes escoltaban a Duke Saughnessy camino del coche policial.

—Bien, Sam —suspiró Lynch, sonriente, cerrando su bloc con aire complacido—. Celebro que todo terminara bien. Ese Saughnessy parece realmente asustado. Creo que hablará. Y si, como tú dices, el comisionado McPattern está metido en este sucio asunto, ello significará un verdadero estallido en la ciudad. Creo que acabas de salvar tu carrera, Sam.

—Ojalá sea así —suspiró Vaughan, sacudiendo la cabeza—. Pero todavía me queda algo por hacer.

—¿A qué te refieres?

—El asesino del disco antiguo, teniente. Creo que tengo al fin una pista... —dijo Sam con expresión sombría, profundamente preocupada—. Tengo que confirmarlo cuanto antes.

—Eso sería magnífico, Sam. Significaría tu total victoria sobre Asuntos Internos y tu regreso a la brigada por la puerta grande... ¿De veras crees tener algo?

—Sí, supongo que sí —musitó Sam vagamente. Luego, de repente, miró en torno con un cierto sobresalto—. Eh, ¿y Kim? ¿No ha vuelto?

—¿Kim? No, no la he visto. Los patrulleros me han dicho que

estaba abajo cuando llegaron, eso es todo... ¿No nos llamó ella personalmente?

—Sí. —Sam se mordió el labio inferior—. Pero yo tendría que haber vuelto hace rato. Con tanto ajetreo, lo olvidé por completo... Iba a comprar champaña abajo, para celebrar todo esto. Espere, teniente. Bajaré a recogerla.

—No puedo esperar. Lo de Saughnessy urge, y es asunto mío personal. Bajaré contigo, muchacho.

Descendieron a la acera. Sam miró en ambas direcciones. No vio rastro de Kim. Entró en la droguería vecina, mientras el teniente Lynch se despedía de él, dirigiéndose a la estación de policía.

—¿Qué desea, señor Vaughan? —preguntó solícitamente uno de los empleados del servicio nocturno del *drugstore*.

—Busco a una muchacha, una jovencita de dieciocho años que vino aquí a telefonar hace rato. Iba a adquirir también una botella de champaña...

—Oh, ¿eso? —El camarero resopló, buscando algo tras el mostrador. Tendió a Sam una botella de champaña envuelta en una bolsa de papel—. Ella lo pagó pero no se lo llevó consigo, no sé por qué. Después de telefonar y hacer la compra, salió un momento a la calle y se puso a hablar con una mujer que había aparcado su coche ahí... Estuvieron charlando un breve tiempo. Llegó un patrullero de la policía, y la chica habló también con ellos, señalando a su piso sin duda, señor Vaughan. Luego, regresó junto a la mujer. Las vi charlar un poco más, y luego ella se metió en el coche, partiendo éste con rapidez. Salí, pensando que había olvidado su compra, pero ya no las vi a ellas ni al automóvil. Es todo lo que sé, señor Vaughan.

Sam había palidecido. El camarero le miraba con perplejidad, advirtiéndole que él no hacía señal alguna de recuperar la botella de bebida espumosa.

—¿Puede describirme a la mujer que habló con ella, por favor? —pidió roncamente.

—Pues... espere. Sí, creo que sí. No es nada difícil, señor Vaughan... —el empleado del *drugstore* hizo memoria—. Alta, elegante, muy elegante... Unos cuarenta años bien llevados, diría yo... Cabello rubio oscuro. Era toda una dama, sí señor.

Sam asintió, mortalmente pálido. Susurró entre dientes:

—*Louise...*

—Perdón, señor, ¿dijo algo? ¿La conoce a ella?

—¿Si la conozco? —Sam rió sorda, amargamente, dirigiéndose a la salida con premura—. Esa dama iba a ser mi suegra dentro de unos días. Pero lo malo es que también es una asesina sin piedad, amigo... y me temo que ya tiene en su poder a su siguiente víctima...

CAPÍTULO IX

—¿Qué pretende al traerme aquí, señora? ¿Por qué se comporta conmigo de un modo tan extraño?

Louise Kenton sonrió enigmáticamente, contemplando a su joven invitada mientras bajaba lentamente las persianas de todos los ventanales y sólo quedaba dentro del recinto la claridad tenue de las dos pequeñas lámparas indirectas encendidas, con su resplandor azulado, casi fantasmal, que convertía en auténticos espectros inmóviles y silenciosos los sillones, secadores, gabinetes de belleza y todo cuanto constituía la instalación de aquel recinto destinado a realzar la belleza estética de la mujer.

—Mi querida amiga, no tienes por qué preocuparte de nada —dijo suavemente la dama, parándose junto a una de las luces, con lo cual su esbelta, elegante figura, se proyectó de forma gigantesca e inquietante sobre un muro del salón de belleza—. Soy tu amiga, después de todo, ya te lo he dicho. Sólo pretendo que Sam y tú seáis felices y nada pueda dañaros bajo ningún concepto.

—Señora Kenton, usted se equivoca conmigo, lo mismo que su hija, aunque sus modales sean diferentes —suspiró Kim, mirando en torno, inquieta—. No tengo nada con su futuro yerno que, estoy segura, acabará casándose con Elaine y resolviendo sus diferencias con ella de una vez por todas. Yo... yo sólo soy una chiquilla...

—¿Una chiquilla? —Louise contempló larga, silenciosamente, desde su rostro bonito picaresco, hasta sus largas y esbeltas piernas, pasando por la pequeñez firme y erecta de sus jóvenes pechos—. Me temo que te valoras por debajo de tu real condición de mujer, querida. Soy una experta en belleza femenina. Éste es uno de mis dominios, el Instituto de Belleza Paradise... Puedo decirte que eres una criatura bellísima y atractiva, y que quizá Sam se haya fijado en

ti en ese sentido...

—¿Sam Vaughan? —Kim soltó una carcajada—. Ni imaginarlo, señora. Sam sólo me considera una chiquilla malcriada y de baja condición, una bribona, que es lo que soy. Como policía, me ayuda paternalmente. Como hombre, me ignora totalmente.

—¿Y tú? ¿Le ignoras a él? —sonrió Louise Kenton dulcemente.

—¿Yo? —Enrojeció vivamente la muchacha—. No, claro que no... Me gusta. Creo... creo que le amo, sí.

—¿Lo ves? A la larga, él terminaría dándose cuenta de eso. Y de que vales mucho como mujer. Sam es joven, muy joven. No sería un disparate unirse a ti. Elaine también es joven, aunque diferente a ti. Yo misma soy joven, si bien menos de lo que parece. Mi vida de ahora nada tiene que ver con el pasado, ¿sabes? —entornó sus ojos pardo verdosos, ensoñadoramente—. Yo, en un tiempo, fui una niña prodigio, una estrella de la canción, y estuve a punto de desbancar a Shirley Temple y otras... Pero eso pasó. Tuve que vivir de la realidad. Por fortuna, mi esposo, Barry, me dejó una fortuna considerable, gracias a que fue un hombre nada escrupuloso y robó los derechos de otros autores, apropiándose de sus canciones para cobrar los derechos de autor de por vida. Sin embargo, nadie sabe eso hoy en día, y tanto él como yo somos considerados gente respetable. Nuestro pasado, aparentemente, es limpio y honesto, y así debe ser para el bien de Elaine. Deseo verla casada sin una sombra en su vida, sin nada que pueda convertirla en un objeto de escándalo y de infortunio. Me prometí a mí misma que el pasado de mi esposo, ladrón de melodías, corsario de ediciones musicales y muchas cosas más, se ocultaría como fuese, enterrándolo en dinero si era preciso.

—¿Por qué me cuenta eso, señora? —Se mostró incómoda y turbada la muchacha—. No me preocupa su hija. Ni el hecho de que llegue a ser la señora Vaughan...

—Pero a mí, sí. Estoy luchando mucho por evitarle problemas. Conozco los defectos de mi hija... pero es mi hija. No permitiré que otra mujer, seas tú o cualquier otra, le quite el amor de Sam Vaughan.

—Creo que fue ella quien rompió esta noche con Sam, ¿no lo recuerda?

—Sí. Elaine es demasiado impulsiva a veces, pero ya he logrado

convencerla de que debe reconciliarse con él y olvidarte. Sin embargo, me temo que no te olvidaría... a menos que no existieras ya.

Por primera vez desde que aquella suave, amable y afectuosa dama la llevara consigo con un pretexto, Kim sintió un escalofrío y supo lo que era el verdadero miedo. De repente, ciertas palabras que pronunciara poco antes Louise Kenton, le trajeron a su memoria recuerdos cercanos, como en un destello cegador de luz reveladora.

Retrocedió, aterrada, musitando entre dientes, la mirada fija en su extraña y bella anfitriona:

—Barry Kenton... su esposo... era Barry Kenton Laverne... Barry K. Laverne... Y usted... *usted es... Lou Landers, la niña-cantante...*

—Veo que eres muy lista —murmuró ella con expresión glacial, enarcando las cejas—. Sí, querida... Has dado totalmente en el blanco... Yo soy Louise Kenton... y fui Lou Landers... Sólo conservé el principio del nombre Louise... «Lou», ya sabes. Lo demás eran invenciones de los promotores. No iba a permitir que todo eso saliera a la luz. Es ridículo que el origen de mi fortuna, que fue la de mi esposo, circulase por ahí, en sucias crónicas, salpicando de barro a Elaine...

—¿Y por eso mató usted a Ben Murphy y a los demás?

La fría, súbita, dura acusación de Kim, pronunciada con su voz juvenil, espontánea y firme, pareció sobrecoger incluso a Louise Kenton. Ésta se puso rígida, su rostro cobró una cierta palidez marmórea y sus pupilas profundas e inteligentes destellaron con una mezcla de pasión, complacencia y odio.

—Sí, mi joven amiga —manifestó con frialdad—. Por eso maté a Ben Murphy. Y a Barney Fox, que había obtenido las pruebas que Ben guardaba en reserva... Y a Harry Woods, el viejo conserje, porque se enteró de demasiadas cosas, espionando mi visita al hotel y la conversación telefónica de Murphy... Y, finalmente, a Walter Wallis, porque imaginé que Sam encontraría su pista, en cuanto supe que él se ocupaba del caso para ayudar a los de Homicidios...

—Por eso no mató a Sam al derribarle en el jardín vecino. No deseaba acabar con su vida...

—Eso es, muchacha. No deseo privar a mi propia hija del ser a quien ama y a quien indefectiblemente volverá... No podía causar daño grave a Sam, aunque lo cierto es que él sí me lo causó a mí...

—Se alzó un lado de su falda y mostró una ancha venda apretando su muslo izquierdo—. Éste fue un roce de bala en mi pierna. Una bala disparada por Sam cuando yo salvaba la valla del jardín de la vivienda de Wallis...

—¿Cómo pudo ser capaz? ¿Cómo pudo matar a tantas personas, sólo por ocultar un pasado poco digno? ¿Acaso su esposo mató a alguien, para que usted trate de esconder sus piraterías en el mundo musical, señora Kenton?

—¿Barry? —Ella rió suave, despectivamente, con una leve sonrisa cruel en sus bien dibujados labios—. No, querida. Barry hubiera sido incapaz de matar a nadie. No porque no lo deseara a veces, sino porque carecía del valor suficiente para ello, ésa es la verdad... Era ruin, despreciable y ambicioso. Pero demasiado cobarde para matar. En cambio yo... yo si soy capaz de matar, querida. Por eso... POR ESO MATÉ A MI ESPOSO hace años, fingiendo un accidente...

—¡Dios mío! —Tembló Kim, aterrada, dando otro paso atrás.

—¿Te das cuenta ahora, querida? —suspiró Louise Kenton, avanzando hacia ella con expresión helada, mientras extraía de su bolso un agudo trozo de pasta negra, un duro y punzante fragmento de un viejo disco fonográfico—. Ése es el gran secreto que podría descubrirse si cedía al chantaje de alguien respecto a las infamias de Barry con los autores de famosas y viejas canciones... Una cosa podía traer la otra, y de repente. Elaine descubriría que yo, su madre, era una asesina. Eso destrozaría su vida para siempre.

—¿No va a destrozarla más aún cuando sepa que su madre ha sido capaz de matar a cinco seres humanos? —protestó débilmente Kim, siempre retrocediendo ante la amenaza fría e implacable de aquella mujer lúcida, cruel y decidida.

—Mi querida niña, ella *nunca* se enterará de eso. Solamente tú y yo lo sabemos ahora. Y tú nunca lo revelarás a nadie. Porque mis víctimas no serán cinco... sino *seis*. Tú eres la próxima. Kim.

—No. Dios mío, no... —sollozó la muchacha, sacudida por estremecimientos de vivo terror—. Eso no... No puede salirle bien. Tarde o temprano descubrirán que usted mató a todas esas personas...

—¿Quién podrá descubrirlo? —rió ella—. Ni siquiera Sam. Él no puede imaginar ni remotamente que Ben Murphy planeó ese

chantaje precisamente porque descubrió que yo, la futura suegra del detective de la Brigada contra el Vicio, Sam Vaughan, había sido la niña-prodigio Lou Landers, que, tras ser lanzada y promocionada por Barry K. Laverne, se casaría luego con él, creando una familia de apariencia totalmente respetable. Sam ignorará siempre que, de no existir su relación profesional con el chivato de Murphy, éste nunca hubiera pensado en mí como objeto de su chantaje miserable.

La mano enguantada de Louise se alzó. En ella, una luz azul hizo destellar los surcos del disco fonográfico de afilada punta, dirigido a la garganta de la muchacha.

Kim chilló, trató de huir. Fue un movimiento erróneo. Tropezó con uno de los sillones del salón de belleza y cayó de rodillas. Sollozó, desesperada, viendo venir hacia ella aquella mano crispada, de negra envoltura de piel, con el temido trozo de disco para cortarle la garganta de forma brutal y definitiva...

* * *

—No lo hagas, Louise. Tendrías que matar a dos personas más, no a una...

La madre de Elaine lanzó un grito ronco. Giró la cabeza, contemplando con expresión sobresaltada e incrédula la figura que, lentamente, surgía de la oscuridad del salón de belleza, moviéndose despacio hacia ella. Una luz azul hirió el rostro de Sam Vaughan, revelando sus duras, graníticas facciones, el frío hielo de su mirada, fija en ella.

—Sam... Tú... —gimió—. Dios mío... ¿cómo... cómo pudiste sospechar... saber... que yo...?

—Providencialmente, Louise —suspiró él, sin dejar de mirarla con especial atención hacia el fragmento de materia dura y negra, surcada por las rayas de reproducción fonográfica—. Ben Murphy te ganó la partida después de muerto. Me envió personalmente a mí una fotocopia de la partitura de «Melancoly», tal como se publicó en 1938...

—Dios... Barry y yo... —jadeó ella, muy pálida.

—Sí. La niña prodigio y el editor. Tú y tu difunto esposo. Entonces creí entender. Había visto esa misma fotografía en alguna parte: en vuestra casa. Louise...

—Maldito Murphy... Tuvo que enterarse de todo... un vulgar maleante. Había tomado otras precauciones. Depositó en el aeropuerto municipal de Santa Mónica un paquete con la grabación magnetofónica de ese disco y con otra fotocopia de la partitura que yo logré quitarle cuando... cuando le maté en aquel sucio hotelucho...

—Lo imaginaba. Por eso mataste también a Barney Fox, el pobre diablo que, en complicidad con el viejo Woods, se anticipó a Charlie Saxon, retirando el paquete del aeropuerto...

—Tenía que hacerlo, Sam. Era el futuro de Elaine el que estaba en juego...

—Y el tuyo propio, sin duda —murmuró amargamente Sam—. Recordé el extraño accidente de caza en que murió tu marido hace años, al disparársele la escopeta... Fuiste tú, ¿verdad? Y era eso, en realidad, lo que Murphy quería exprimir a fondo.

—Barry era un canalla, un ser ruin y sin escrúpulos. Fue el primero en seducirme, cuando era una niña. No me protegió por amor al arte, créeme había lágrimas en los bellos ojos de Elaine Kenton. —Barry Kenton Laverne... y Lou Landers, la niña precoz de los discos... Me llevaba ya entonces treinta años. No le pude soportar toda una vida. Sam. Lo siento.

—Sí, te comprendo —murmuró Sam lentamente—. Pero eso no te justifica ante la ley ni ante nadie, Louise. Has asesinado a cinco personas... e ibas a hacerlo aquí, una vez más. Recordé que éste es tu salón predilecto, donde tienes tus oficinas y todo eso. Vine aquí, convencido de que hallaría a Kim...

—De modo que es cierto. No amas a mi hija —sollozó Louise—. Es esta chica quien... será un día tu esposa.

—No lo sé, Louise. Nunca pensé algo parecido hasta este momento. Cuando sospeché que Kim corría peligro, sentí algo raro. Tal vez sea amor, no sé. Lo cierto es que Elaine ya no representa nada en mi vida. Ella misma tuvo la culpa esta noche. Nunca ha tenido demasiada fe en mí. Recuerda que cualquier problema mío la irritaba. Jamás me ayudó moral ni materialmente en nada. Y esta noche, incluso rechazó mi palabra. Creo que el error fue de ella, no mío. Elaine y yo no seríamos felices jamás.

—Cielos, Sam —gimió Louise Kenton—. Tanto esfuerzo, tanta sangre... para nada.

—Lo siento. Louise. No debiste hacerlo. Ese camino no conduce a ninguna parte sino a la propia destrucción. Dame ese trozo de disco. Voy armado, Louise. Pero sé que conmigo no vas a intentar nada. Ni yo necesitaré amenazarte. Éste es el fin, entiéndelo.

—La propia destrucción... El fin... —repitió ella, mirándole absorta, como en sueños.

Sus ojos destellaron extrañamente. Afirmó:

—Sí, Sam, querido. Tú tienes razón, como siempre. Yo nunca hubiera dudado de tu capacidad. No hubiese albergado desconfianza ni dudas hacia ti. ¿Sabes, Sam? Creo que en el fondo, no te quería tanto por el hecho de que iba a ser tu suegra sino porque, en el fondo, de un modo subconsciente, estaba enamorada de ti. Siempre lo estuve, sin darme cuenta yo misma. Eras la clase de hombre que hubiera deseado tener por marido y que jamás tuve. Qué estúpida ha sido Elaine, Dios mío, qué estúpida... Adiós, Sam. Y perdona por todo.

Vaughan fue rápido, porque intuyó lo que iba a suceder.

Aun así, llegó tarde. Ella se había clavado brusca, súbita, trágicamente, el último trozo de disco en el cuello. Un horrible grito ronco, inarticulado, surgió de aquella boca bien dibujada, de hermosos labios. Kim chilló, aterrada, al ver brotar la sangre violentamente.

Sam sólo llegó a tiempo de arrancarle el trozo de disco, de recogerla en sus brazos. Louise Kenton cayó en ellos, con la garganta abierta, bañada en oleadas escarlata que corrían por su elegante vestido.

—¡Pronto, Kim, usa ese teléfono! ¡Llama a la policía, por favor! ¡Y a una ambulancia... aunque sé que ya no servirá de nada!

Sostuvo el cuerpo en sus brazos, lo depositó en un sofá del salón de belleza, en tanto Kim, temblorosa, convulsa, usaba el teléfono...

Louise agonizaba con rapidez. Sam Vaughan se aproximó a Kim. La miró. Y ella a él. La muchachita estalló en llanto y se acurrucó en sus brazos. Sam la abrazó, besó sus cabellos.

—Sí —susurró—. Creo que, después de todo, me he enamorado de ti, mi preciosa bribonzuela...

Y esta vez, al besarla, buscó sus labios. No le fue difícil encontrarlos, porque también Kim le buscaba a él con desesperación.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.